

Acat. II

Exp. 100

Real Academia Española

LA PALABRA

DISCURSO

LEÍDO EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

POR EL

EXCMO. SR. D. JAVIER UGARTE Y PAGÉS

Y

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. DANIEL DE CORTÁZAR

EL DÍA 16 DE JUNIO DE 1918

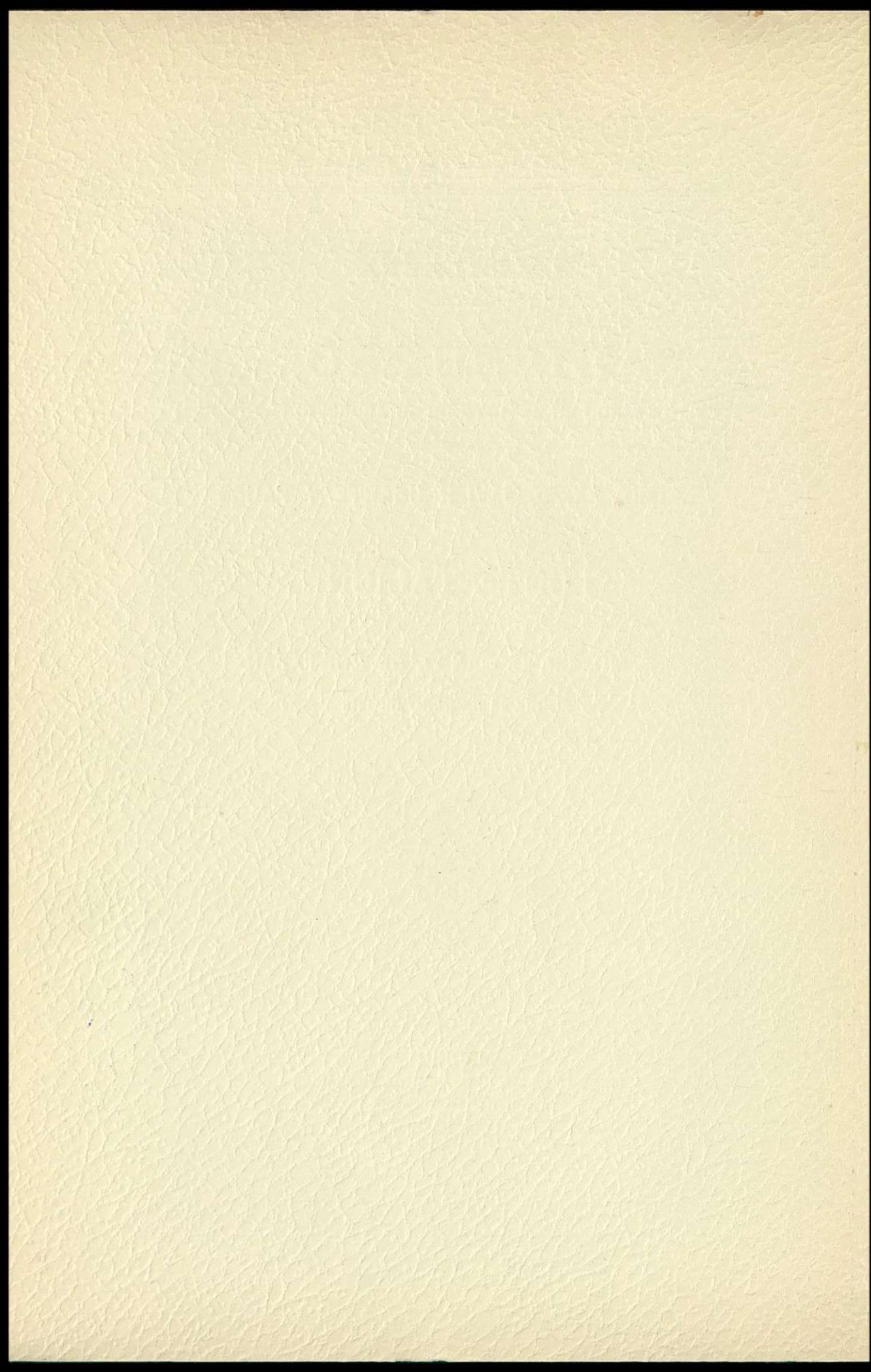


MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1918



R40722

Real Academia Española



LA PALABRA

DISCURSO

LEÍDO EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

POR EL

EXCMO. SR. D. JAVIER UGARTE Y PAGÉS

Y

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. DANIEL DE CORTÁZAR

EL DÍA 16 DE JUNIO DE 1918



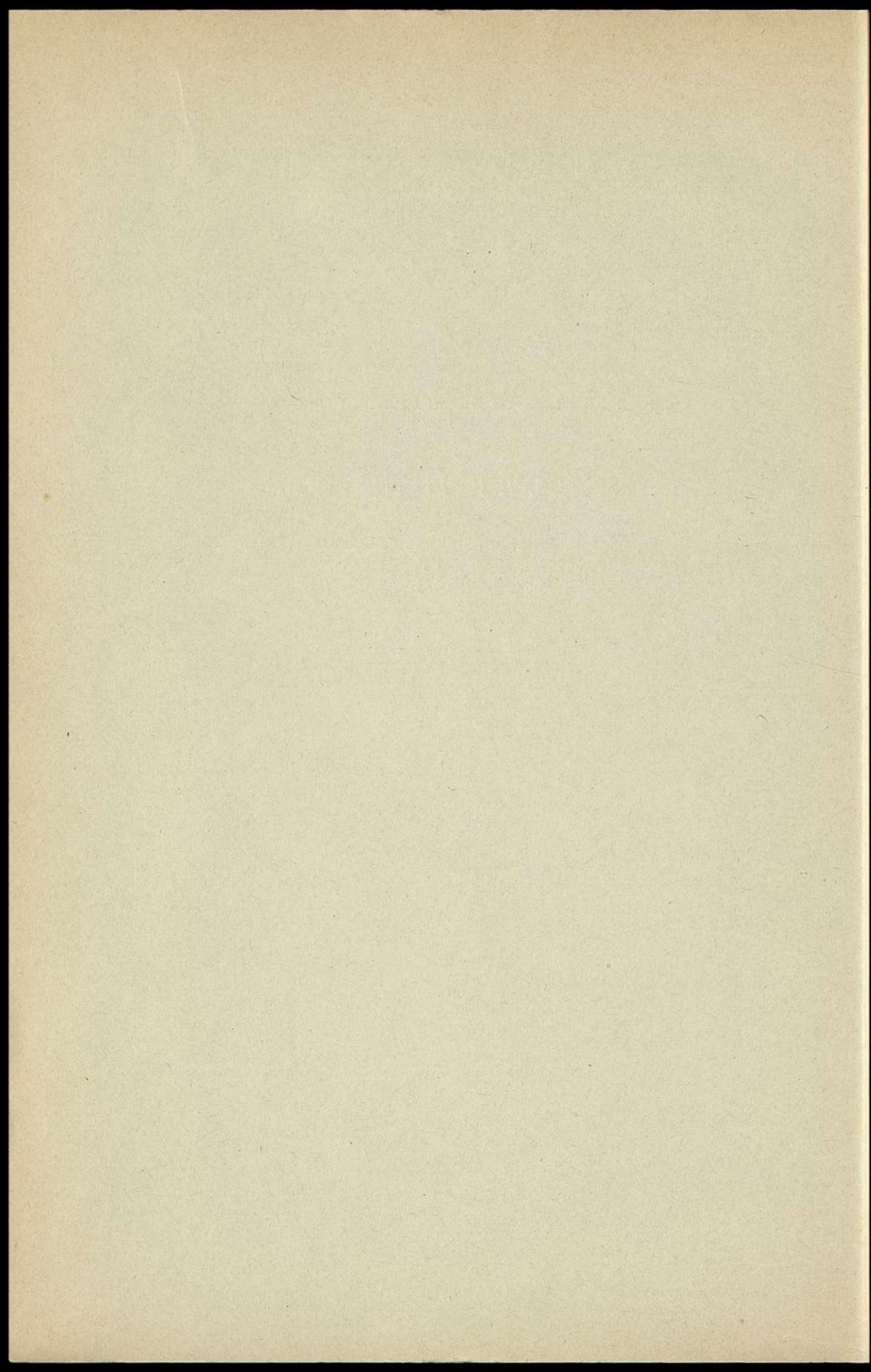
MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1918





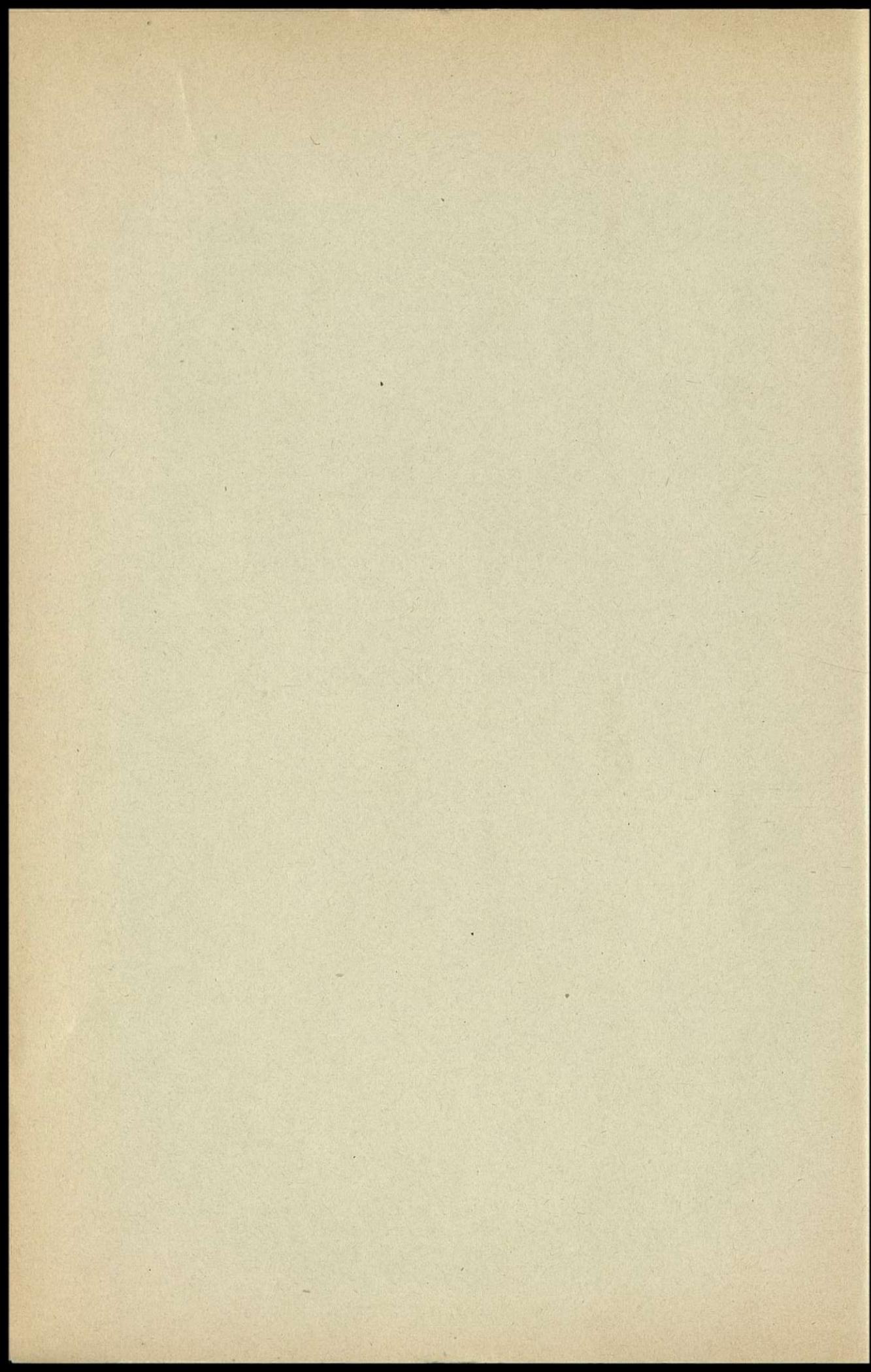
DISCURSOS

DEL

Excmo. Sr. D. Javier Ugarte y Pagés

Y DEL

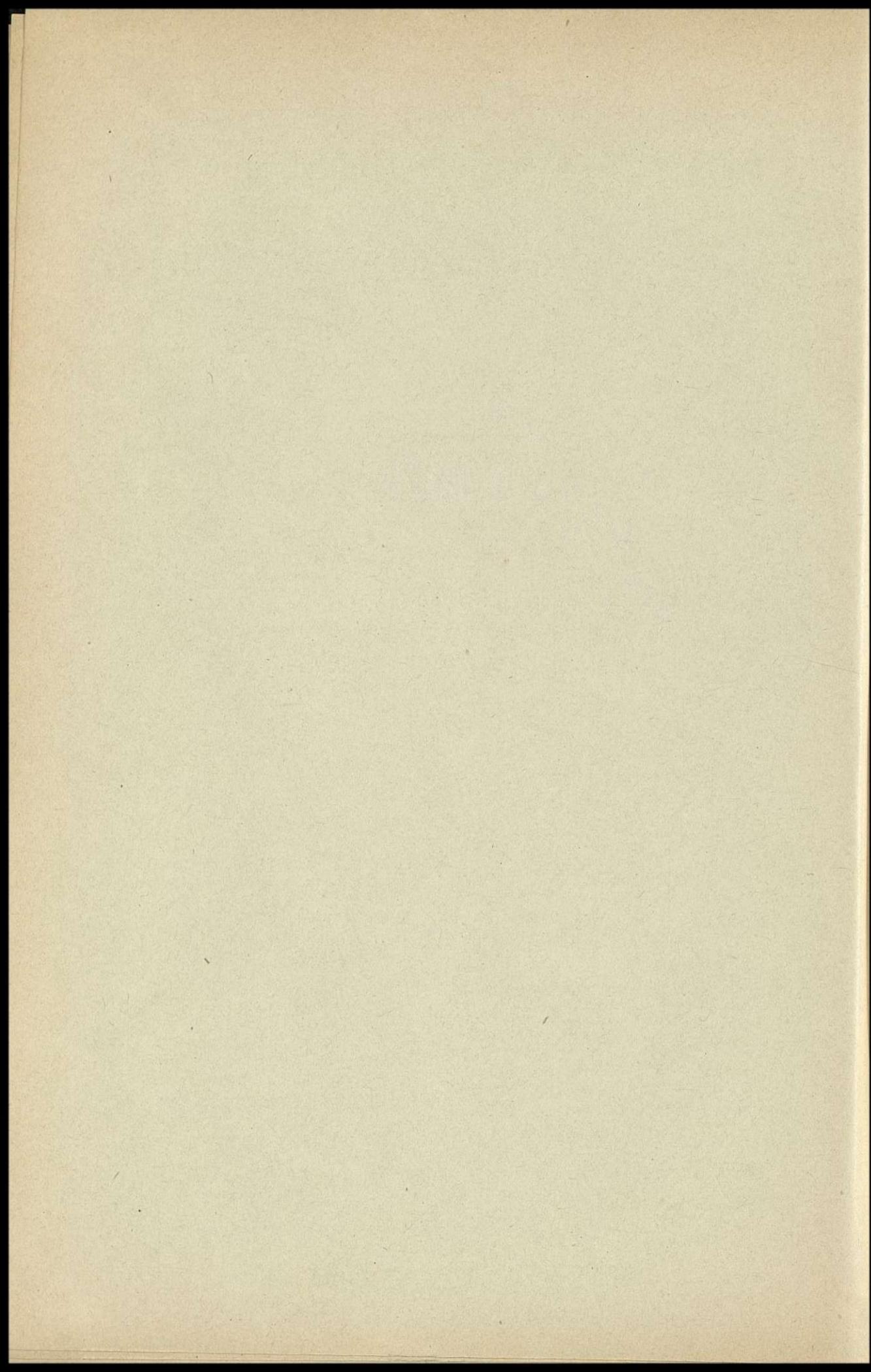
Excmo. Sr. D. Daniel de Cortázar.



DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JAVIER UGARTE Y PAGÉS



SEÑORES ACADÉMICOS:

No extrañaréis mi turbación en este instante. "Las obligaciones que crean los beneficios y mercedes recibidos son ataduras que no dejan campear el ánimo libre". Permitid que diga en frase ajena lo que pienso y siento con impulso propio. ¿Quién como Cervantes para amoldar la idea a la palabra?... Me confunde el honor que de vuestra benevolencia recibo y apenas atino a significaros mi agradecimiento. A lo cual contribuye poderosamente la desproporción, que me espanta, entre mi insignificancia notoria y el valer imponderable de los dos preclaros ingenios a quienes me toca suceder en esta Academia. Hablo de dos, porque el último que debió sentarse en la silla que me concedéis no llegó a presentarse ante vosotros, quedando su inmediato antecesor privado del elogio fúnebre que él le hubiera consagrado. De los dos he de encarecer, por consiguiente, los méritos que les distinguían, los prestigios que abrillantaban sus nombres, las altas cualidades que enaltecen su recuerdo. D. Francisco Fernández y González, D. Fidel Fita y Colomer... Catedrático el uno, Religioso el otro; ambos aclamados por la fama, ambos incluidos en el índice glorioso de los hombres célebres de su tiempo... Consentid que, ante la realidad, que así me lo advierte, procure buscar en los resplandores de aquellas vidas foco de luz que atraiga vuestros ojos... para que los apartéis de mí.

Fué Fernández y González sabio entre los sabios, maestro de maestros, historiador y literato, filósofo y filólogo, crítico de

arte y consumado orientalista, político y jurisconsulto. Tuvo desde sus primeros años franco acceso en todos los centros de cultura y la imprenta llevó sus producciones múltiples a todos los ámbitos de la ciencia, dentro y fuera de España. La Universidad, las Academias, el Congreso de los Diputados, el Senado, el Colegio de Abogados de Madrid, le abrieron sus puertas de par en par y le dieron puesto preeminente entre sus miembros más esclarecidos. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Rector de la Universidad Central, Consejero de Instrucción pública, Diputado a Cortes, Senador, Abogado en ejercicio y Vocal de la Junta de gobierno del Colegio, Académico de número de la Lengua, de la Historia, de Bellas Artes y Correspondiente de Corporaciones análogas en el extranjero, poseía además la Gran Cruz de Alfonso XII, como homenaje rendido al pedagogo y al escritor. Había enseñado sucesivamente Retórica y Poética, Psicología, Lógica y Ética, Literatura general y española y, por último, Estética en nuestro primer establecimiento docente; y había publicado más de cincuenta obras, entre libros, discursos y folletos, sobre materias de tanto interés como la idea de lo bello, la crítica literaria desde Luzán hasta nuestros días, lo sublime y lo cómico, la escultura y la pintura en los pueblos semitas, lo real y lo ideal, los primeros pobladores de nuestra Península, el imperio en el mundo antiguo, los mudéjares de Castilla, instituciones jurídicas del pueblo de Israel, el Mesianismo en España, la batalla de Alcazarquivir, orígenes históricos de la pólvora, los árabes españoles, la bandera de las Navas, antigüedades ibéricas, el fuero de Salamanca, el jurado en los tiempos antiguos, influencia de las lenguas y letras orientales en la cultura ibérica, Berceo, Raimundo Lulio, el vascuence y las lenguas semíticas, etc.

Polígrafo que deja tan refulgente estela de su vasta ilustración, bien puede decirse que honró a la patria y demostró que no en vano fué estimado por sus contemporáneos y que seguirá siéndolo, a través de los tiempos, como admirable espíritu enciclopédico.

Y cuando la muerte, implacable y cruel, le apartó de este mundo para adjudicarle sin duda el premio debido a sus timbres de hombre honrado y trabajador incansable, tuvisteis el acierto de elegir para reemplazarle a otro insigne propulsor de las mismas disciplinas tan afanosamente ejercitadas por aquél: el Reverendo padre Fidel Fita, miembro autorizado de la Compañía de

Jesús, a la cual pertenecieron también el P. Miguel Mir y el P. Luis Coloma, que igualmente ostentaron vuestra medalla; así como vistieron hábitos religiosos y fueron a su vez Académicos, sin contar más allá del siglo XIX, el Prior de Arróniz D. Ramón Cabrera, el Cardenal Fray Ceferino González, D. Juan Nicasio Gallego, D. Jaime Balmes, D. Cayetano Fernández, D. Cristóbal Pérez Pastor y algún otro, todos, y por diferentes conceptos, hábiles artífices del habla castellana: prueba y testimonio de que la Iglesia Católica ha sido siempre fecundo plantel de egregios escritores.

El P. Fita, que había nacido en Arenys de Mar el 21 de diciembre de 1835, murió el 13 de enero del año actual, sin haber podido posesionarse del puesto que le otorgasteis en 29 de noviembre de 1917. ¡Qué pena para la Academia Española, a la cual prestó reiterados servicios desde fuera, el verse privada de disfrutar los dones con que, ya dentro de ella, la hubiera regalado abundantemente el venerable jesuíta!

Su copiosa erudición, su equilibrado entendimiento, sus excepcionales aptitudes en la investigación histórica y la exploración arqueológica y epigráfica; su dominio del latín, del griego y del hebreo, a la par que del inglés, del francés y del alemán, le crearon desde su primera juventud una personalidad relevante, que se destacó luminosamente en la profesión de la enseñanza, en los artículos que difundieron su firma en semanarios y revistas, y en los frutos que, visitando archivos y museos, cuevas y monumentos y revisando actas, códices y monedas, cosechó; de donde sustrajo inapreciables tesoros documentales, que han ilustrado puntos dudosos de alto valor para la crónica de sucesos hasta ahora oscuros o desconocidos, y de subido alcance para la reconstitución de la Historia del arte en nuestra patria.

Testigo de mayor excepción afirma que desde el 6 de julio de 1879, fecha de su ingreso en la Academia de la Historia, la inmensa labor científica del P. Fita, nunca interrumpida, se acrecentó con libros y opúsculos, que realzaron progresivamente el brillo y el esplendor de su reputación, cada vez más sólida y definitiva. Apenas hay número del *Boletín* de aquella docta Corporación en el que no aparezca algún escrito de su áurea pluma.

Y era de ver la íntima, espontánea satisfacción con que el festejado prócer de las letras acogía las manifestaciones de agra-

do y de alabanza que motivaban sus descubrimientos. No por vanidad, no por orgullo, sentimientos con los que estaba reñida su noble y singular modestia, sino por legítima complacencia en lo que reputaba deber cumplido, el gran historiógrafo se holgaba merecidamente del aplauso tributado a sus esfuerzos incesantes en pro del resurgimiento patrio. Evocados por él, en sus andanzas por unas y otras regiones de nuestra Península, alzábanse redivivos textos íntegros arrancados a calcos informes, que traducía con intuición de adivino, restableciendo el pasado, en diálogo agudo y penetrante con pergaminos, bronces y piedras, cuya significación era única y sumisamente dócil a su privilegiada competencia.

Analizando las influencias exteriores en el arte nacional, para determinar la época de la iniciación en España de los diversos estilos arquitectónicos, mediante la interpretación escrupulosa de marcas y signos lapidarios, letras, nombres, anagramas, simbolismos, inscripciones visigodas y suevas, aun las más ininteligibles por el estrago de su vejez al correr de los siglos, el P. Fita conquistó inmarcesibles laureles en Dueñas, en Baños de Cerrato, en Vairaón, en Baños de Bande, en San Pedro de Rocas, en Segórbiga, apostillando gallardamente el inventario de nuestra riqueza arquitectónica. La historia del arco de herradura, generalmente considerado como aportación a nuestros monumentos por la cultura árabe, le debe una valiosa, interesantísima rectificación. El descubrió en León, como feliz éxito de sus trabajos epigráficos, dos lápidas, hasta entonces ignoradas, que remontaban al siglo II el uso del arco de herradura en el arte hispano-romano, aunque no sea más que como forma ornamental (1).

¡Con cuánta perseverancia, con cuánto celo, con qué vivo entusiasmo dedicaba horas y horas a la permanencia en archivos o bibliotecas o en su propia celda, para preparar, nutridamente documentados, aquellos portentosos fallos epigráficos (tenían toda la fuerza de sentencias firmes) con que asombraba el conspicuo maestro a los que en estas materias habían de conformarse con ser sus discípulos reverentes!...

(1) Lampérez.—*Historia de la arquitectura cristiana española en la Edad Media.*

Sabios de reputación europea no se excusaban de consultarle frecuentemente, y siempre encontraron en él consejo irrecusable o solución diáfana.

Para la idiosincrasia del P. Fita, la vida no ofrecía sino un aspecto unilateral. Con su sabiduría rivalizaba su virtud, y toda otra aspiración, todo otro estímulo, sociedad, política, afán de participar o intervenir en lo que a los legionarios del mundo nos atrae, nos incumbe o nos atañe, era totalmente ajeno a su especulación y a su interés. Solamente la literatura ofrecía algún aliciente a sus recreos. Cuando por enfermedad se veía precisado a interrumpir sus ocupaciones habituales, leía con avidez cuantos libros caían en sus manos, novelas y hasta versos. De Ovidio y de Virgilio recitaba páginas enteras.

Tan circunscrito estaba a la especialidad de su labor científica, que aun en lo exterior de su persona parecía empeñado en desdeñar todo atildamiento que dificultase el cómodo uso del escafandro al buzo de las leyendas y las signaturas. El P. Fita pensaba con Jorge Manrique:

“Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿qué son, sino devaneos?”

Tenía pocos amigos, siquiera le apreciaran y admirasen cuantos conocían sus excepcionales dotes de inteligencia, de bondad, de amor al prójimo, que le alejaba de todo roce con las debilidades ajenas y de todo contacto con las impurezas de la realidad. Diríase que vivía en un mundo aparte, a donde no llegaban los ecos de las pasiones desbordadas... Uno de esos pocos amigos, que le profesaba, por cierto, entrañable estimación, era D. Eduardo Saavedra, geógrafo, matemático, filólogo y arabista, de aficiones y estudios marcadamente similares a los del P. Fita. A orillas del Bernesga se encontraron en 1866, y desde luego compartieron tareas de investigación arqueológica y epigráfica en fecunda confraternidad literaria, acudiendo juntos “a registrar amontonadas ruinas, a examinar los altos lienzos de las murallas, a inquirir restos de antigüedad en diversos pueblos de la provin-

cia" (1). De entonces databa el parentesco espiritual de Saavedra y el P. Fita. ¿Cómo extrañar que, próximo aquél a la muerte, requiriese a éste para que le acercase a Dios? Y cuentan testigos presenciales de la escena que, al salir del dormitorio del enfermo, dijo, con viva emoción, el ministro del Altísimo, refiriéndose al penitente: "Es un santo". A lo cual replicó uno de los que le oyeron: "Un santo, confesado por otro santo".

Sus costumbres austeras, su mismo aspecto exterior, le delataban como un incorregible asceta.

¿Queréis contemplar su retrato?... No está pintado por el pincel suave, amablemente lisonjero, de un Madrazo, sino a semejanza del enérgicamente realista de un Rosales (2).

"Rara era la tarde, escribe el necrólogo, en que los asiduos concurrentes a la biblioteca de la Academia de la Historia no le viéramos aparecer arrastrando los zapatos, torcida la teja, desgredado de pelos y abundante su barba, hecha un mapa la sotana a fuerza de manchas y cosidos, y saludando con unas "Buenas tardes", salidas destempladamente de su gangosa garganta."

Algo tenía el buen padre del tipo descrito por Horacio, como ejemplar del sabio de su tiempo: *non curat ponere ungues, non capillos*; pero es seguro que si alguien le hubiera llamado la atención respecto del descuido de su indumentaria y su persona, el primer sorprendido habría sido él, para quien pasaban inadvertidas todas las exigencias de ese orden. Jamás, dicen los que le conocieron íntimamente, se paró a considerar si su ropa había o no cumplido el tiempo de servicio reglamentario.

Ni consentía que el cepillo, el plumero o cualquier otro instrumento de limpieza invadiesen su celda, especialmente su mesa de trabajo, donde, recatándose de la luz, se amontonaban papeles sueltos, revistas y diarios, libros y folletos, en altos y desordenados montones, que sólo su mano, avezada a oficios de esta naturaleza, era capaz de registrar e inquirir, cuando necesitaba utilizarlos. Puede afirmarse que vivió para el estudio y extraño para cuanto no fuera este aspecto exclusivo de su vida... He conocido

(1) Discurso de D. Eduardo Saavedra, contestando al de ingreso del P. Fita en la Real Academia de la Historia, 6 de julio de 1879.

(2) D. Agustín G. de Amezúa.—*Un recuerdo del P. Fita.*

a un joven, casi inteligente y casi pensador, que me preguntaba, sinceramente preocupado: ¿Qué harán los hombres que no juegan?... El P. Fita no creía que pudiera haber un hombre que no estudiara.

Alma sencilla, inaccesible a toda impulsión de la ira o la soberbia, a todo apetito de honores y oropeles (llevaba sobre su pecho la Gran Cruz de Alfonso XII como pudiera llevar una reliquia), no concebía el mal hecho a sabiendas, ni abrigaba sentimiento que no fuera de perdón y caridad.

El mismo distinguido escritor que dibujó su figura según acabáis de oír, señala un rasgo de su carácter, que completa la estructura de su original personalidad. Refiérese a una visita que hizo el cronista a la habitación asignada en esta Casa a vuestro Bibliotecario, el día en que su anterior ocupante pasó a otra vida, y se expresa así: "Sobre un paño negro, única muestra de luto que se advertía en la sala, amplia y cuadrada, descansaba en un modestísimo ataúd el P. Mir, revestido de los sacerdotales ornamentos: cuatro blandones lucían sus llamas vacilantes, que se afilaban y revolvían como lenguas malignas, zaheridas por el vientecillo sutil que dejaban pasar las entornadas ventanas. Un negro pañuelo envolvía la cabeza del difunto, para evitar el desencajamiento de las mandíbulas, haciendo la visión más tétrica e impresionadora. No estaba, empero, solo: a la cabecera izquierda de la caja había un sillón, y sentado en él un sacerdote en actitud de leer su libro de horas; tenía humillada la barbilla y bajos los ojos, y esto me impidió reconocerlo en los primeros momentos. Pero, ¿adónde llegaría mi asombro, cuando, fijándome más detenidamente, reconocí las facciones características del buen P. Fita?... ¡Contraste singular y extraño! Allí, en la fúnebre caja, con las señales y testimonios del vencimiento, yacía el enemigo de los jesuítas, su debelador iracundo y porfiado..., y, en cambio, dominándole, a su lado, fuerte y entero, veíase a un hijo de la misma Compañía, a un antiguo hermano de hábito y de religión, con la grandeza del olvido, con la serena hermosura moral del divino precepto del Padrenuestro: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". ¡A cuántas meditaciones y filosofías se prestaba aquel solitario cuadro!"...

Sin duda, agrego yo, revelaba la alteza de sentimientos del in-

signe varón, que acudía a despedir cristianamente al que fué su colega, llamado a comparecer en aquella hora solemne ante el Supremo Juez, a cuya misericordia parecía recomendarle con el piadoso acompañamiento del cadáver.

No pecaba de cortesano el P. Fita. Más bien áspero de forma, aunque servicial y blando en el fondo, era preciso conocerlo de cerca para apreciar debidamente su ingénita inclinación a hacer el bien, su acendrado desinterés, que alejaba de él toda sombra de egoísmo... No se cuidaba de sí y en cambio le atribulaban hondamente las contrariedades y desdichas ajenas. Era este el único paréntesis que abría en sus infatigables quehaceres de hombre de ciencia.

Hasta en el púlpito, durante la época en que más especialmente se dedicó a la predicación, hubo de distinguirse por el matiz que dió siempre a sus sermones, avalorándolos con las gentiles galas de una erudición de primera mano, tan segura como vistosa y atractiva.

En los últimos años de su vida fueron objeto predilecto de sus disquisiciones los pormenores íntimos de la vida de Santa Teresa, que examinó y analizó con particular solicitud, deseoso de alumbrar con luz de mediodía los oscuros rincones donde aún se esconden obras y designios de la mística Doctora, indispensables para completar su biografía.

Antes de ser vuestro compañero, como electo Académico de número, le adscribisteis a una de vuestras Comisiones, la llamada a introducir en el Diccionario, de manera sistemática, las voces de idiomas antiguos o extranjeros, de las cuales derivan las palabras castellanas. Y "realmente, dice al apuntar el hecho el señor Ribera, pocas personas podrían haber realizado esa labor con más acierto: la vasta erudición del P. Fita, su raro conocimiento de las lenguas europeas y orientales y su peregrino ingenio le habilitaban para esa tarea. Fué uno de los miembros de la Comisión que más contribuyeron a enriquecer esa parte del léxico".

Murió como vivió: humilde y apaciblemente sometido a la voluntad divina, doliéndose acaso de no poder seguir cultivando sus campos de experimentación, que tan pródicamente recompensaron sus faenas. Yo aún creo ver su imagen ante mí, acusándome, severo y cejijunto, o exculpándome, benévolo y tolerante, cuando, por azar de la suerte, me siento en el mismo sitio que

él ocupaba como Director de la Academia de la Historia. Me lo atribuye fortuitamente mi calidad de Presidente de la Real Sociedad Geográfica, hospedada en la misma Casa, por generoso y fraternal desprendimiento de nuestros patronos. Y pensando en los altos prestigios, en los grandes merecimientos del ínclito paleólogo, me parece que cometo usurpación punible. Ved por dónde otro accidente de mi vida me trae a sentarme también en la silla que aquí le teníais destinada.—Dios le haya acogido en su seno...

Y perdonadme vosotros la audacia de estas inverosímiles coincidencias.

Pero aún aspiro a que me ligue con el P. Fita un nexo más: ¿por qué no inspirarme en su ejemplo y dedicar algunas consideraciones, siquiera breves y ligeras, para no fatigaros demasiado, ya que no a desentrañar el sentido oculto de viejas inscripciones, como aquel "mágico prodigioso" de la epigrafía, a dilucidar, hasta donde alcancen mis medios, el valor, la acción y significación de las palabras, como fieles servidoras de las ideas, en el movimiento expansivo de nuestra lengua, y atendiendo, sobre todo, a nuestra proverbial rebeldía, cada vez más marcada, a cuantas trabas se derivan de la tutela del Diccionario e imponen las ligaduras de la Gramática? Triste es consignarlo, pero hay forzosamente que reconocerlo. No entre la masa ilota, que vive a cien leguas de las escuelas y las bibliotecas, aun para gentes de relativa cultura, sin excluir algún que otro elevado representante del pseudo-intelectualismo que nos tiraniza, el arte del bien decir suele ser uno de nuestros menesteres más generalmente desdénados. Si al leer papeles periódicos, libros y opúsculos, disposiciones oficiales, alegaciones o sentencias; si al oír pláticas sagradas, discursos políticos, informes forenses o conferencias pedagógicas; si al presenciar la ejecución de obras escénicas; si al buscar solaz en la novela, enseñanza en la narración histórica, amplitudes de criterio en la filosofía, consignáramos todos los desafueros de lenguaje, todos los atentados a la sintaxis que nos salen al paso, formaríamos fácilmente una colección curiosísima de dislates execrables, a veces disfrazados con túnicas y capisayos de naturalismo, modernismo, simbolismo, preciosismo, y otros amañamientos literarios, que provocan en definitiva el desprestigio y

el deterioro de un idioma, aunque alguien haya dicho que “el escribir mal es el vicio más inocente y menos costoso de todos”.

No olvidemos que llegan a sesenta millones de hombres los que hablan el español a título de lenguaje nativo, y procuremos a toda costa que no degeneren sistemáticamente en expresión y fórmula adulterada del pensamiento: como la espada del caballero se convierte en puñal del asesino cuando cae en manos viles que la esgrimen alevosamente. Porque así como “el exceso de retórica y la redundancia de palabras originaron la decadencia del púlpito y del libro” (1), así también la impureza de la dicción, el chabacano abuso de cierta avillanada fraseología que, subiendo de abajo a arriba, se va infiltrando en nuestros modismos con mengua y desdoro de lo que llamó Max Muller “la ciencia del lenguaje”, y Darmesteter “la vida de las palabras”, corrompe, profana y deshonorra el don máspreciado con que el Todopoderoso obsequió al hombre al conferirle el mejor distintivo de linaje excelso. ¿Qué es la palabra sino la más valiosa perla engarzada en la corona que ciñe el Rey de la Creación? Cuando Dios nos aproxima más a El, es con la formación de la palabra, que salva los límites del tiempo y entra en los dominios de la eternidad, manteniendo vivo, a través de los días que se van, “lo que queda del pasado, donde, al cabo y al fin, está en depósito el depurado residuo de todo cuanto, bien o mal, pensaron, quisieron, obraron y nos dejaron en íntima e irrepudiable herencia nuestros propios padres” (2).

X ¡La palabra!... No es torpe artilugio fabricado para falsear los sentimientos o las ideas, llave ganzúa del corazón o de la inteligencia; no es la injuria o la calumnia, hijas de la envidia, que degradan más al ofensor que al ofendido; no es la blasfemia, que hiera el sentimiento más poderoso del hombre, el que junta la desesperación al dolor y la amargura al sacrificio; no es la sinrazón, que atenta a los fueros de la justicia; no es el encono, que muerde; no es la lisonja, que envenena. Es la herramienta más

(1) D. Jacinto Octavio Picón.—*Discurso de recepción en la Real Academia Española.*

(2) Cánovas del Castillo.—*Discurso en elogio de Moreno Nieto, 4 de marzo de 1882.*

útil con que trabaja el entendimiento para exaltar la verdad, para amparar el derecho, para enardecer el entusiasmo, para afirmar el progreso en todas las esferas de la actividad humana, en las que puede llegar a ser la expresión más completa de las bellas artes. Basta observar la gradación existente en la naturaleza, a modo de escala artística, que ofrece el maravilloso conjunto de lo creado.

Las desigualdades de terreno, la hondonada del valle, los accidentes de la montaña, cuanto puede servir de guarida y refugio, da idea de la arquitectura, la más práctica de las artes y que debe considerarse como base y sustentación de las demás, siendo, en su desarrollo y refinamiento, compendio de todas.

Las piedras, las rocas, que a veces presentan caprichosas formas, son genuina representación de la escultura. Los árboles, las hermosas perspectivas del paisaje, los dilatados horizontes, todas las perfecciones de la línea, todos los prodigios del color y los encantos de la luz, animan la pintura. Por encima de esas bellezas, los sonidos del viento y los ruidos todos de la naturaleza, desde el armonioso canto del pájaro hasta el formidable retemblar del trueno, traban la música, cuyos acentos conmueven las fibras más delicadas del alma.

Y, sobre todo lo creado, y demostrando su excelencia incomparable, relampaguea la palabra, anterior al mundo y engendradora de él en el grandioso *fiat* que el mismo Dios pronunció para que surgiera de la nada su admirable obra, y que retumbó después en el alto del Sinaí, al dar el Sumo Hacedor su ley a los hombres.

El arte de la palabra es la más expresiva y la más bella de las artes, y encierra, como ninguna, misteriosa sugestión y seductora magia. Con ella se construyen períodos, que semejan las más hermosas creaciones arquitectónicas; con ella se aventajan los primores de la escultura; pinta mejor que puede hacerlo el pincel; graba en el alma, a donde el buril jamás pudo llegar, las más indelebles impresiones. Sus armonías exceden al embeleso que producen las más inspiradas concepciones musicales, según coloca las letras de que dispone, a modo de notas del pentágrama, y maneja los tonos y forma la composición y la armonía, expresando y haciendo sentir las emociones más diversas: el amor, el odio, la desesperación, la plegaria, con fuerza que resiste las inclemencias del tiempo y sostiene la tradición que, de

boca en boca, repiten los hombres a través de millares y millares de generaciones.

Llega en sus aspiraciones pictóricas a donde el genio del pintor no puede llegar; hace el retrato de una persona y no se limita a sus trazos fisonómicos y a la reproducción de la figura, sino que se introduce en su cerebro y en su corazón, y nos presenta la semblanza moral del retratado, sorprendiendo el secreto de sus ideas y la expresión de sus más recónditos anhelos. Y cuando se trata de un paisaje, no da sólo el aspecto de lo que se ve, sino que describe también lo que permanece oculto, los detalles y circunstancias que con el paisaje se relacionan, la calidad del terreno y las condiciones internas de las viviendas y de los seres que en ellas moran y hasta las del clima, la flora y fauna de cada país. Sus maravillas arquitectónicas perduran y perdurarán, porque pertenecen a ese mundo del espíritu que prevalece sobre todas las deleznable creaciones de la tierra.

Y descendiendo de la esfera del arte y de la fantasía, región media entre el cielo y la tierra, a los varios órdenes que más se ajustan a las necesidades de lo humano y de lo real, siempre la palabra aparece ejerciendo la singular influencia que a Dios plugo atribuirle, dando expresión de su voluntad generadora a todo lo creado. Por eso se comprende que haya movido a los hombres en eterno flujo y reflujo, originando la formación de razas y nacionalidades y la serie de transformaciones que caracterizan la vida de la humanidad. Todo lo instituído ha sido obra de su perseverante labor, y la Religión, el gobierno de los Estados, la suerte de los Parlamentos y el triunfo de la Justicia, han tenido el más poderoso auxiliar en la palabra.

Para demostrarlo, basta indicar que, a despecho de la geografía y de los derechos de abolengo histórico, las diferencias en la lengua constituyen grandes sociedades, con el vínculo de enlace que forja el manejo en igual sentido y forma de la palabra, porque ésta no sólo distingue a unas y otras naciones por virtud de los respectivos idiomas, sino que bajo la misma bandera crea distinciones lingüísticas, dando lugar a dialectos que llevan en sí más fuerza regionalista que cuantas razones étnicas, políticas y administrativas se evocan para mantener, dentro de la unidad, divisiones y subdivisiones, que estableció desde un prin-

cipió la palabra y que es difícil o casi imposible borrar en absoluto.

Cuando la palabra, cuando el idioma subsiste en toda su pureza e integridad, obsérvase que la sociedad donde impera vive próspera y floreciente, mientras que el envilecimiento del lenguaje señala épocas de abyección y abatimiento, precursoras de segura decadencia.

Todo lo que la lengua descende, eso descendemos, dice Selgas. “He visto—añade donosamente—muchas veces al médico delante del enfermo buscar en señales exteriores la revelación de la enfermedad oculta y siempre le he visto indagar el estado de la dolencia por el estado de la lengua. En la lengua del enfermo es donde ve el médico el carácter y los estragos de la enfermedad... ¿Queréis saber cómo se piensa? Pues ved atentamente cómo se habla” (1). Así mandaba el Rey Sabio que “se hable en palabras llanas e paladinas” para que de ellas no brote “razon tortizera”.

Los vocablos son organismos vivientes, que deben impulsar todo lo noble, todo lo justo, todo lo que tiende a dignificar al hombre. Admiramos la palabra, cuando vibra, sonora y elocuente, en labios del orador que defiende el procomún, o en boca del sacerdote, que enaltece los grandes misterios de la fe; cuando inflama el ardor de los combatientes, mostrándoles la gloria del triunfo en defensa de la patria; cuando sirve de acicate al tibio, de aliento al débil, de convencimiento al que duda, de premio al que se sacrifica; cuando ilumina, como luz radiante, las profundidades de lo ignorado; cuando hace oficio de ritmo, de pincel, de buril, de lima, porque alternativamente canta, pinta, esculpe y pule. “Bienaventurados los que lloran”, exclamó Jesucristo; “mi reino no es de este mundo”. Y su doctrina llegó a todos los ámbitos de la tierra. Hambre, sed, fatigas, sufrimientos, combates, muerte, ofrecía un caudillo a sus soldados. “Ni honores, ni bienestar, ni siquiera esperanzas puedo brindaros”, les dijo, al invitarles a seguirle. Y todos le siguieron. ¡Qué encantador la-

(1) D. José de Selgas.—*Discurso de ingreso en la Real Academia Española*.

conismo el de Temístocles, amenazado por Euribiades, al decirle: "Pega, pero escucha"! ¡Qué profundo concepto de la augusta significación del mando en la frase de Alejandro el Grande al entregar su anillo a Perdicas, uno de sus Capitanes, diciéndole: "Para el más digno"! Xenofonte, historiador, filósofo y poeta, añade a estos títulos el de caudillo, al dirigir la retirada de los diez mil soldados de Ciro que, fugitivos en espantoso desorden, recobran los ánimos perdidos, ante la serenidad de la palabra con que aquél los aquieta y los conduce. "¿Juráis, Rey Alfonso, que no tuvisteis parte en la muerte de Don Sancho? ¡Que os mate un villano si mentís!" ¡Qué noble arrogancia la del Cid al pronunciar en Santa Gadea estas palabras! El *Eureka* de Arquímedes, el *E pur si muove* de Galileo, proclaman el triunfo de la inteligencia sobre la naturaleza y sus arcanos.

Pero la palabra tiene historia, se adapta a leyes, se pliega a transformaciones y perfeccionamientos y hasta soporta desmedros y corruptelas que respectivamente revocan y hermocean o agrietan y arruinan su regio alcázar. También contra ella se levantan las masas indóciles que la desacatan y la hieren. También el motín la amenaza y la vilipendia.

Hay que ensanchar, se dice, los dominios de las lenguas, porque ni el pensamiento tiene troquel, ni las ideas viven geométricamente. Ensancharlos para embellecerlos bien está; pero, ¡ensancharlos para unirlos al yermo o a la ciénaga!... No.

De ahí que el estudio de una lengua es empresa sin término, cuyas evoluciones se pierden en las encrucijadas, avances o retrocesos de los rumbos impuestos por el cambio de los conceptos, por la desaparición de las cosas, por el olvido de la conciencia etimológica, por las especulaciones de la filosofía, de las artes o de las ciencias, por las alteraciones de los usos y costumbres, por la sustitución de las instituciones de los pueblos, por la dislocación del lenguaje popular y hasta por la trasplatación de voces extrañas, que un autor ha llamado pintorescamente el "forasterismo" en el lenguaje. Desde los neologismos de Juan de Mena en la Edad Media, hasta los de Góngora en el siglo de oro y los de Rubén Darío en nuestra época, es incontable el número de palabras que van adquiriendo carta de naturaleza en



nuestro léxico, aun sin llegar a obtener la nacionalización de cuarta clase, mediante Real decreto (1).

El teatro, la política, los deportes, entre nosotros las corridas de toros, son orígenes de una multitud de locuciones que generalmente por metáfora y a veces por apócope (2), van labrando las mudanzas de la lengua. Sobre todo, la traducción de obras extranjeras, refrendando el pasaporte a palabras indocumentadas, y hasta la superstición, que da a ciertas voces acepciones distintas de su genuino significado, frecuentemente, sin motivo que lo justifique, alteran y trastruecan el sentido del lenguaje, a tal punto, que es difícil seguir aplicándolas por general asentimiento, tal y como se vinieron usando hasta que sufrieron la mutilación o la modificación con que el uso, *jus et norma loquendi*, nos las impone. La exageración produce también cambios de significados incomprensibles. Para encomiar el arrojo de un valiente, se dice que es "un león"; para encarecer la importancia de un acto, la trascendencia de un invento, se afirma que es "piramidal" (3). De comparaciones más o menos sutiles, nacen asimismo palabras nuevas y éstas aumentan y se difunden igualmente, como derivación de nombres propios, o con relación al punto de donde procede el objeto a que se aplican: *pescante*, de pesca, por alusión al ademán que hace el cochero con el látigo, semejante al que se hace con la caña de pescar; *boicoteo*, que algunos dicen, de Boycott, industrial nacionalista de Irlanda, abandonado y puesto en entredicho por sus clientes; *silueta*, dibujo de perfil, del nombre de Esteban de Silhouette. Interventor general de

(1) Para el estudio de la palabra pueden verse los libros siguientes:

Whitney.—*La Vie du Langage*.—Demeyer.—*Les organes de la parole et leur emploi pour la formation des sons du langage*.—Hovelacque.—*La linguistique*. "Langage articulé" y "Langue".—Voltaire.—*Dictionnaire philosophique. Langues*.—Nôel et Charpentier.—*Dictionnaire des origines du Langage*. Darmesteter.—*La vie des mots*.—Max Müller.—*La Science du Langage*. (Traducción de Harris et Perrot).—Breal.—*Essai de sémantique*.—Meillet.—*Comment les mots changent de sens*.—R. Menéndez Pidal.—*Gramática histórica española*.—Felipe Picatoste.—*Las frases célebres*.—P. Restrepo.—*El alma de las palabras*.—*Ensayo de un estudio de semántica*.

(2) Cine, comi, delega, metro, auto, etc.

(3) El lector puede cambiar estos calificativos por otros de mayor fuerza representativa, que no me atrevo a estampar.

Hacienda de Francia, que se entretenía en trazar estos dibujos y tenía adornado de ellos su palacio; *pantalón*, del cómico italiano, que así se apellidaba; *chauvinismo*, idolatría napoleónica, de Chauvin, un veterano de Napoleón; *pergamino*, piel de Pérgamo, donde se empleó para la escritura por primera vez; *campana*, de Campania, donde comenzó a usarse para anunciar las solemnidades del culto divino; *landó* y *berlina*, de Landau y Berlín, donde se introdujeron como vehículos de transporte; *pistola*, de Pitoya, Italia, donde se fabricaba... En otros casos, perderá el tiempo el que busque la explicación lógica de ciertos términos. Un erudito del renacimiento español denominó "mamotretos" a una especie de concordancias de la Biblia publicadas en 1470, y la palabra se ha vulgarizado con el sentido de protocolo, fárrago. "Pues bien— dice un autorizado expositor de semántica— este es un vocablo griego que significa "niño criado por su abuela". ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? Nada. Pero, ¿quién va a reducir a razones los caprichos?"

El mismo autor observa con acierto que en el desarrollo espontáneo del lenguaje es muy poco eficaz la acción que liga las palabras con su origen, y éstas, por consiguiente, pueden alterar y desenvolver indefinidamente sus significados. La indignación, el rencor, la ira crean también palabras, sobre todo interjecciones, cada vez por fortuna menos frecuentes, de igual manera que el pudor proscribía otros vocablos, usuales algún tiempo así en la novela como en la comedia y hasta en textos religiosos.

Lo que hay que desear, en punto a neologismos, es ante todo que éstos sean indispensables o al menos convenientes y que concuerden con los vocablos ya conocidos. ¿Aportó, por ejemplo, gran caudal de voces a nuestro Diccionario el mozo de la esportilla de *Rinconete y Cortadillo*, cuando dijo a éstos: "Sepan vobaceds que "cuatrero" es ladrón de bestias; "ansia" es el tormento; "roznos", los asnos, hablando con perdón; "primer desconcierto" es las primeras vueltas del cordel que da el verdugo?" No sin motivo mandó Quevedo que "se dé por necio de todos cuatro costados a el que por su lengua y autoridad quiere introducir nuevos modos de hablar y ser vocabulario de sus tiempos" (1).

(1) *Origen y definiciones de la necedad.*

Bien es verdad, como sesudamente advierte mi ilustre padrino el Sr. Cortázar (1), que los neologismos ofrecen hoy mayores dificultades que en lo antiguo, “cuando las palabras se tomaban al oído y del alemán “*bei Gott*” (¡por Dios!), que dijera un tudesco retorciéndose los pelos de encima del labio, resultaba *bigote*; del italiano *ascosa varella*, esto es, cesta tapada, se hacía *excusabaraja* en castellano; el árabe *damchan*, botellón, se cambiaba primero en el francés *dame Jeanne* y luego en el español *damajuana*; el alemán *kupfer ache*, ceniza de cobre, daba *caparrosa*, y el *reticulus* o bolsa de red, que usaron las damas de la antigua Roma, se transformaba en el *ridículo* de nuestras señoras...”

De todos modos, y no ya como neologismos, sino como barbarismos, “barridos de la conversación”, que diría Quevedo, importa perseguir y desterrar inexorablemente la degeneración de nuestra habla, bastardeada por la impropiedad de acepciones y significados atribuidos arbitrariamente a ciertas palabras. “Nunca se podrá admitir que se diga *solucionar* por *resolver*, *influenziar* por *influir*, *presupuestar* por *presuponer*; ni que *concurrar*, cuya significación es poner en concurso los bienes de un deudor se emplee en documentos oficiales en el sentido de concurrir o acudir a un concurso para la provisión de una Cátedra” (2).

Ventura de la Vega, en unas lindas quintillas dedicadas al Marqués de Molíns, en las que lamentaba la interrupción de las cenas de Nochebuena con que el Director, que fué, de esta Academia solía festejar a sus compañeros, satirizaba también las corruptelas de nuestro lenguaje vulgar, condenando

“el subterfugio ridículo,
de que la cena es artículo
que no está *presupuestado*.”

Después añadía:

“¿Cree el Marqués que esa maldad
pasó *desapercibida*?”

(1) *Discurso de ingreso en la Real Academia Española.*

(2) D. Eduardo Saavedra.—*Discurso de contestación al de ingreso de don Daniel de Cortázar en la Real Academia Española.*

Y terminaba, aconsejándole de esta guisa: *Haga cena*, en lugar de *hacer política*:

*"Haga música también,
es decir, toque el piano,
y en tanto irá este belén
deshaciendo bien a bien
el idioma castellano" (1).*

Ni disculpemos a los que formulan sus dictámenes "bajo la base" de... ni a los que desfiguran el "debe" y el "debe de" (como alteran las partituras músicos de afición, que "tocan de oído"), aplicando el verbo indistintamente al régimen imperativo y al dubitativo, el uno que sienta una afirmación rotunda, el otro que induce una presunción o sospecha. Lo mismo les da decir: "Juan debe estar agradecido", que "Juan debe de estar agradecido"; y, sin embargo, son estas dos locuciones de muy diferente significado: la primera señala un deber; la segunda apunta una opinión (2).

La extravagancia, el amaneramiento y el solecismo, son, más que el filosofismo, la política y el telégrafo, como creía Selgas, los enemigos jurados de la pulcritud de la lengua. De la extravagancia que, en época no lejana, nos sojuzgó despóticamente, pretendiendo revisar valores y degradar autoridades consagradas en la historia de nuestra literatura, no tengo que traer a colación sino el recuerdo de aquellos abortos del ingenio que intentaron deprimir y difamar nuestra gloriosa tradición de líricos y dramaturgos.

Yo he asistido a una solemnidad literaria (?) celebrada en lujoso salón, mezcla de laboratorio y paraninfo, donde el habla de Lope, de Calderón y de Cervantes sufrió los más afrentosos atropellos. Perdonad que reconstituya la escena, tal como se reproduce en mi memoria.

En diversos grupos se hablaba de política, de teatros, de toros,

(1) *El Belén*, periódico publicado la Nochebuena de 1857 por la tertulia del esclarecido prócer.

(2) Ejemplo de la Academia.—*Gramática de la lengua castellana*.

de empresas amorosas, de proyectos financieros, recogiendo la chismografía ambiente en todas sus múltiples variedades... Desde un rincón sonó de pronto una voz lúgubre y subterránea, que canturreó una prosa, al parecer rimada... Era un poeta a la moderna, de *monocle* sobre el ojo y melena sobre la frente, que, en tono de salmodia, recitaba una de sus composiciones más aplaudidas. El asunto ofrecía toda clase de estímulos a las aficiones de los oyentes. En una noche en que “croaba el alma criptógama”, el hada de cabellos “espiguetos” tendía las alas “mariposeadas”. Y subía, subía, subía... Ascendía a la altura y en el seno de una nube celebraba sus nupcias con un gnomo. Un rayo “crepitante” separaba inopinadamente a los nuevos cónyuges, rasgando la nube, y el hada vaporosa huía con otro gnomo, de quien se enamoró súbitamente, olvidando sus juramentos.

Había que oír los versos en que se cantaba, sin estro y sin ritmo, bagatelas despreciables, la libertad del amor entre los gnomos sensibles y las hadas caprichosas. Invocaba el poeta “los funambulescos altibajos”, los “horizontes avaros”, las “manos atávicas”, los “dorados fastigios”, las “pignoraciones nocheniergas (!) de la voluntad”, los “séricos crujires”, y “musitaba” de “miserear”, de “concatenaciones”, de “mirlamientos”... ¡El delirio! (1).

La bulliciosa algazara de los genios novísimos, que escucharon estáticos el engendro en que la fotofobia y el barroquismo colabo-

(1) Alguien murmuró en voz baja, mientras se desbordaba el entusiasmo del auditorio:

“Las jóvenes almas de los poetas muchachos
hemos convenido en que son unos mamarrachos
los antiguos, y en que es excelente cosa
escribir los versos en prosa.

Yo estoy encantado con el sistema. Creo
que el ritmo es luz, esquema, volcán, deseo
lujuriamente. Yo amo. Tengo el ánimo niña,
y aunque me la arropa con su negra basquiña
la noche del dolor, yo sigo mi camino,
cantando mi canción, que parece un desatino...”

raban valerosamente, llegó al colmo del aplauso y del elogio cuando uno de los críticos presentes calificó la composición leída de maravillosa "falordía" digna de figurar en los más "esotéricos florilegios".

Todo esto es más nocivo y deplorable que la manera gongorina (1) de que se burlaba Lope de Vega haciendo decir a la criada del mesón:

"que ostenta limbos el mentido ocaso,
y el Sol desfinge la porción rosada".

Así como, según Stevens, "todo colorista siente la música", todo poeta, que es un colorista también, no puede menos de sentirla de igual modo. La poética es la música de las ideas, a juicio de Monti. Quitad al verso la cadencia, la armonía, y habréis suprimido una de las Bellas Artes... ¿Toleraremos sin protesta que autores y críticos de nuevo cuño, o mejor, sin cuño alguno, "Niágaras de voz y Manzanares de entendimiento" (2), ultrajen y condenen, entre carcajadas de desprecio o sonrisas de compasión, a nuestros poetas, literatos y comediógrafos que brillaron como estrellas de primera magnitud en los siglos XVI y XVII, y aun en el XIX, que también tuvo "sus clásicos": ¡miseros esclavos de la forma, que no supieron saltar por encima de una estética enfermiza, depauperada por un lirismo estúpido, que encajona y constriñe una reglamentación absurda!?

Debo poner fin a estos inocentes desahogos de amores retrospectivos, porque necesito delinear otra arista del tema, acaso más interesante. Estudiado éste en la gramática y en el diccionario, tan rápidamente como os prometí, sin escarbar demasiado en la preceptiva lingüística, de la cual nada nuevo habría de decirnos, ¿repugnaréis que honremos galantemente a la palabra, acompañándola, a fuer de mayordomos, gentiles-hombres o caballeri-

(1) ¿Quién puede desconocer que fué Góngora un ingenio portentoso, a pesar de sus innumerables desaciertos?

(2) Es frase de D. Benito Pérez Galdós, aunque empleada en otro sentido por el insigne novelista.

zos de su séquito, en algunas de las excursiones más frecuentes que realiza a los dominios donde reina: la literatura propiamente dicha, la política, la prensa, la oratoria sagrada, nuestra comunicación con Dios?—Para este viaje, también breve, la misma palabra nos da billete gratuito de libre circulación.

Considerémosla en la esencia de las aplicaciones a que se presta, ya que, examinando la evolución de las palabras, no es posible desentenderse de la evolución de las ideas. La corriente del río pulimenta o desgasta las guijas que arrastra en su camino. Así el pensamiento bastardea o ennoblece los vocablos, y actuando en todas las esferas de la vida, es concepción artística o literaria, es obra social o política, es religión y filosofía, lo grande y lo pequeño, lo humano y lo divino. ¿Cabe negar la correlación de la función y el órgano?... La palabra delincuente, desgarrada y torpe, que se revuelca en el fango, con la desvergüenza en los ojos y el vaho del aguardiente en la garganta, como Mesalina se hace andrajo; la palabra mística, mansa y serena, que levanta los párpados para mirar al cielo, como Teresa de Jesús se hace monja.

En el teatro y en la novela, espejo uno y otra de las costumbres de cada época, convergen y se reflejan todos los destellos de la vida humana. En ambos conceptos es la literatura auxiliar poderoso, guía y heraldo de la historia. La palabra del novelista o del autor dramático, singularmente del autor cómico, se ajusta forzosamente a las modalidades vigentes en cada momento, según la manera de hablar de la sociedad, que inspira la obra. Lo cual no obsta para que tenga también la producción escénica un carácter de generalidad, que no evoca circunscritamente un período y una generación determinados, sino que universaliza su significación y amplía su alcance, presentando al hombre, con todas sus cualidades o defectos, héroe o malvado, generoso o vengativo, en todos los tiempos y en todos los pueblos.

Fijémonos en uno de los aspectos principales del teatro: el que caracteriza el mayor número de dramas y comedias en España y en el extranjero: la infidelidad conyugal, que movió a decir a Shakespeare: "He perdido lo más inmortal de mí ser: he perdido el honor". La palabra, respondiendo a los diversos sentimientos que la moldean, dice "¡Mata!" en labios de Calde-

rón, de Lope de Vega, de Dumas, o dice “¡Sonríe!” en boca de Anatole France o de Champseur y tantos otros. Todas las legislaciones, antiguas y modernas, incluso la mosaica, dan al marido el derecho de vindicar su honra. Los griegos, los romanos, los egipcios, los hebreos, entre nosotros el Fuero Juzgo, el Fuero Real, las Partidas, la ley de Toro; Dracon, Solon, Napoleón, Alfonso X, todos reprimen... En cambio, pensadores y psicólogos de nuestros días, porque consideran que matar es repugnante, inútil y absurdo, indultan o se abstienen de castigar, pensando acaso que no es muy claro que la honra del marido dependa de la virtud o de la fragilidad de la mujer. ¿Qué rumbo tomará el Derecho penal del porvenir para resolver tan interesante problema?...

El mismo Calderón escribe:

“Poco del honor sabía
el legislador tirano
qué puso en ajena mano
mi opinión y no en la mía.”

El doctor Bergeret, a quien todos conocemos, ni por un momento siente despiertos en su espíritu los instintos feroces del hombre primitivo, cuando se convence de su mala suerte; se apresura a salir, erguido y arrogante, de la sala donde tuvo la desdichada idea de entrar sin previo aviso, y después se abstrae, medita y acaba por protestar única y exclusivamente de lo grotesco del lance. El autor de *L'orgie latine* asegura, bajo su palabra, que el matrimonio no es sino la camisa de fuerza del amor... Y, sin embargo, Ibsen, cuando dramatiza a Nora resuelta a dejar de ser “la muñeca” de su marido, la aleja de la casa conyugal, pero sola, digna, inmaculada, para patentizar sus ansias de decoro, su convencimiento de la alta representación que el matrimonio la confiere... ¿Será el honor un embeleco, destinado a experimentar una radical transformación en el sentido psicológico?... ¿Llegará un día en que hayan de incluirse en el Código del honor, como fenómenos admitidos por el uso corriente.

“el acechar escondido,
la perdurable falsía,
el placer sin alegría.

el tormento sin gemido,
afectos que se reprimen,
conflictos que la impostura
protege, y como ventura
suprema... paz en el crimen...”? (1).

El honor... Es tan abstracto el concepto, tan indeterminada la acepción de la palabra, aun siendo tan recio el estímulo con que nos subyuga, que habría que entrar en largas disquisiciones para poner de acuerdo a todos los hombres acerca de lo que implica esa exigencia de la propia voluntad, ese imperativo de la conciencia, esa imposición de la rectitud con que debemos proceder, ese acicate de la gloria o estimación que aspiramos a alcanzar, como galardón del cumplimiento de los deberes, de la realización de actos sobresalientes o meritorios. Y aun estas determinaciones de conducta son más fáciles de apreciar y medir que las concepciones íntimas de la estima y respeto de que se hace digno el que ante la opinión general conquista el dictado de “honorable”... Hay quien confía el honor a la punta de un florete, cualesquiera que sean los testimonios arrancados a su historia; hay, por el contrario, quien no se considera deshonrado por rechazar virilmente la provocación a un lance, que no habría de demostrar sino la vergüenza de parecer cobarde, el miedo de quedar mal ante quienes carecen del “valor de ser prudentes”, como dijo Schiller... Hay quien reputa honroso, o por lo menos no depresivo para su buen nombre, un negocio que otro recusa o repugna como inaceptable... ¿Quién puede jactarse de obrar en todas las ocasiones con plena noción de los exquisitos, sutiles y delicados ordenamientos de un bando de buen gobierno, que ni se promulga en la *Gaceta*, ni se fija en las esquinas al son de la corneta y bajo el auspicio de los fusiles? Así, las mismas palabras—“pasarse de listo”, por ejemplo—son injuria o alabanza, según quien las pronuncia, quien las interpreta o a quien se aplican. Un autor de peregrino ingenio esboza algunos de los diferentes criterios mantenidos acerca de lo que para cada cual representa el honor: hay bravucón a quien el que no le teme le insulta; hay deudor que hace cuestión de ho-

(1) Ayala—*Consuelo*.

nor el no pagar lo que debe; hay positivista para quien todo héroe es un majadero... Quizás consista el honor en mandar en las pasiones, porque el honor no es nada, arguye el crítico,

“si no es todas las virtudes”.

Yo creo, como dijo Blanqui (1), y sobre todo si se trata de puntos de honor, que “hay cuestiones que esperan la mano del sacerdote para ser resueltas”. Y creo, además, que cuando el matrimonio deje definitivamente de ser lo que es, con arreglo a su significación cristiana, sobre haberse roto en pedazos el blasón de la familia legítima, se habrá desterrado de la poesía una de sus más hermosas adhalas.

¡Qué bello, qué poético es el teatro, que defiende la pureza de los sentimientos, la honradez de los actos, la castidad de la mujer, el freno de los torpes apetitos!... Aunque de antiguo venga la creencia de que el poeta y el autor dramático no son personalidades conjuntas. Ya decía Bretón de los Herreros (2):

“Tú de la misa la media
no sabes: ¿hace en el día
gran falta la poesía
para urdir una comedia?...”

Esto se escribía en 1833; pero Bretón era poeta, y acaso por ello leía en el porvenir.

Penetremos en el Parlamento, donde tiene el más alto solio la palabra. Son las tres de la tarde. El Sol, que fuera del augusto recinto brilla con todos los esplendores propios del soberano de la luz, apenas concede algún que otro pálido reflejo al Salón de Conferencias: con el de Sesiones se muestra igualmente esquivo y desdenoso. En el hemiciclo no se ha esparcido aún la selecta muchedumbre que ha de poblar los escaños; en las tribunas se impacienta el apretado concurso, ávido de trágicas impresiones. La Prensa afila sus lápices, armas de la crítica. Prepárase una de esas sesiones borrascosas, que han de ser nuevo bla-

(1) El historiador de la Economía Política.

(2) *Un tercero en discordia.*

són de la elocuencia... En los pasillos menudean los diálogos vivos, a guisa de cohetes precursores del debate en ciernes. Hablarán las oposiciones, hablará el Gobierno, se lanzarán los cargos más duros, de una y otra parte. La política, que no tiene entrañas, se complacerá en sembrar la discordia entre los bandos enemigos...

De puertas afuera del Salón de Sesiones, percíbese de pronto el sordo rumor de violenta acusación, que azota el aire. De vez en cuando voces impetuosas que hieren el oído como chasquidos de látigo, fustigan e increpan al que habla, obstruyendo el paso a su palabra. La campanilla presidencial procura en vano restablecer el orden. De banco a banco se desbordan las inculpaciones más violentas... En el calor de la refriega se olvida frecuentemente que "gobernar no es improvisar, es ponerse en limpio a sí mismo" (1).

¡Oh mágica palabra del tribuno político, que tiene la iniciativa de las leyes, que fiscaliza la administración pública, que vigila a la justicia, que discute la guerra y la paz, que señala gastos y escudriña ingresos, que encumbra o derriba a los gobernantes, acusadora en Olózaga, galanamente paradójica en Donoso Cortés, fascinadora en Castelar, áspera en Rivero, brava en Ríos Rosas, solemne en Salmerón, tersa en Martos, sentenciosa en Nocedal, razonadora en Cánovas, aguda en Sagasta!...

Y es tal la oratoria parlamentaria, que a veces una sonrisa, un ademán, un gesto, una reticencia, producen mayor estrago que una frase entera. Cuando un Gobierno presidido por el General Narváez mandó retirar nuestras tropas de la isla de Santo Domingo, poco antes voluntariamente anexionada a España, don Ramón de Campoamor, a la sazón Diputado a Cortes, pronunció un discurso de brioso acometimiento. En él, lanzando un duro apóstrofe a los autores de la ley de abandono, exclamaba entre zumbón y lacrimoso: "Figuraos que sois espectadores de la siguiente escena: se van a marchar los últimos españoles; se quedan en la playa las madres de los infelices, que pelearon lealmente a nuestro lado, y a quienes vamos a abandonar para que los asesinen sus enemigos; y que dicen los españoles al marchar: "Adiós, leales", y que contestan las madres de los dominicanos: "Adiós..." ¿Qué? ¿Qué nos dirán?..."

(1) El Doctor Letamendi.

La *dolora* produjo una tempestad... “¿Qué?”... Narváez sacó el Cristo de Arlabán, González Bravo tronó contra las elipsis del aplaudido vate. ¿Había éste pretendido tachar de cobardes a nuestros soldados?... No hubiera causado mayor efecto una larga tirada de prosa, si esa hubiese sido la tesis del orador. Porque el primordial requisito de la elocuencia estriba en atraerse vivamente la atención del auditorio, en provocar su interés a todo trance; como ha dicho altísima autoridad de la tribuna (1), “en que asistan en espíritu y en verdad aquellos para quienes se perora”.

Pero donde la palabra resuena aún con más intensidad, ejerciendo mayor influencia sobre las multitudes, es quizá en la Prensa periódica, en la hoja volandera, que circula de mano en mano difundiendo la noticia del día y comentándola; que da la sensación del suceso culminante, un acto de Gobierno, una sesión parlamentaria, un crimen, un estreno... El periódico nos dice y juzga lo que a nuestro alrededor ocurre, lo que con nosotros convive, lo que altera la superficie de las aguas que corren a nuestra vista... Es a la vez vocero y crítico, relator y fiscal, elemento de información y base de juicio, se infiltra en nuestro entendimiento y se propone dominarlo, gracias al hábito que nos impone de pensar diariamente como él piensa, sugestionado el lector por la fuerza maravillosa de la letra impresa. Y no basta que ésta se empeñe a veces en desacreditarse a sí misma, ora falseando o disimulando la verdad, ora entregándose a todos los desafueros de la pasión. En el ambiente más que en el papel, quedará viva, acusadora y deshonrosa, la insidia deslizada a mansalva, la reticencia envuelta en la alusión sangrienta, que destroza la respetabilidad de toda una vida.—El duelo, el lance de honor... ¿Quién se bate?... Los Tribunales, la querrela criminal... ¿Quién cree en la eficacia de un proceso?... No hay reparación adecuada para estos vilipendios, que brotan de la despreocupación o la maldad de espíritus extraños a los nobles imperativos del amor al prójimo. ¡Desdichado aquel que, dueño de las prerrogativas de la libre publicidad, las utiliza para atentar a lo que de más sagrado tiene la persona humana, el derecho a la honra, tan respetable, en su ori-

(1) D. Antonio Maura.—*Discurso de ingreso en la Real Academia Española.*

gen, como el derecho a la vida!... Frente a frente de todo el que escribe para el público, convendría grabar en gruesos caracteres aquella sana y filosófica décima de nuestro gran Ayala, en la que, apreciando los agravios que puede inferir la pluma, acaba por confesar que

“se estremece de pavora
al alargarle la mano.”

Tiempos hubo en que la prensa política, sintiendo todos los enconos que nacen de las luchas de los partidos, se complacía en agotar el léxico de las más intolerables procacidades. Un insigne periodista, que daba a luz en *El Imparcial* insuperables *Misceláneas*, dechado de gracia y buen decir, aunque en ocasiones agresivas como dardos, logró apagar las agrias disonancias del insulto, disparado sin recato y sin consideración, no ya sólo para el ofendido, sino para el lector mismo, a quien molesta leer en una hoja impresa lo que le desagradaría oír en un salón de personas bien educadas. Hernández dignificó la polémica periodística, merced a su talento y a su cultura: se puede decir todo, con tal de que se diga bien.

¡Y cuán otra es la influencia bienhechora de la palabra difundida a diario por esos ágiles y simpáticos mensajeros de cuanto acontece en el mundo, si moviéndose dentro de los moldes de su cometido, relatan con verdad, juzgan con justicia, hablan con decoro y ponen su inmensa fuerza al servicio del interés general, fomentándolo y dirigiéndolo, en provecho del bien común, para contribuir al engrandecimiento, a la prosperidad, al progreso incesante de la Nación y del Estado!... La palabra en la Prensa periódica es rica joya, que engalana los más bellos ideales... como puede ser vergonzoso estigma de las más torpes concupiscencias.

Hay quien busca la raíz genealógica del periodista en Orígenes, en Horacio, en Tertuliano, hasta en Aristóteles... Hay quien afirma que los Santos Padres hubieran sido excelentes cultivadores del periodismo... Sin ir tan lejos, pudiéramos contentarnos con hacer de éste una noble profesión de hombres de buena voluntad, cada uno de los cuales tuviera derecho a llamarse, como el orador modelo, *vir bonus, dicendi peritus*, de Quintiliano.

Yo sé bien las dificultades que ofrece el escrupuloso ejercicio

de la pluma. Un autor del siglo pasado (1), se propuso demostrar que Cervantes no hubiera sido Académico, juzgado con la rigurosa severidad de un intransigente espíritu analítico. Y resucitó al portentoso creador del *Quijote* y tras varias y pintorescas andanzas a que lo sometiera, traído y llevado por los más celebrados ingenios de aquel tiempo, advirtió que en un supuesto discurso de ingreso en esta Casa, presentado por el Príncipe de las letras, se empleaba dos veces en un mismo párrafo el verbo "estar"; que "ausente y bonitamente" rimaban a distancia de catorce palabras; que tres veces figuraba la preposición "con" en el espacio de ocho renglones... De todo ello hay muestras abundantes en la inmortal novela (2).

Perdonemos leves infracciones de los cánones del arte, cuando la inspiración rebosa en las obras del artista y por encima de imperfecciones de forma resalta, robusta y dominadora, la idea generatriz de la producción literaria, atrayéndonos con poderosas sugerencias, que hacen pensar o sentir, que deleitan o amargan, que suspenden la atención o arrebatan la mente, que estimulan a desdoblarse los pliegues de un hecho o inducen a adoptar una resolución definitiva, a realizar un acto heroico, a practicar una virtud abnegada, a formular un consejo, a deducir una enseñanza, a admirar lo sobrenatural, a rendirse ante la verdad, el bien o la belleza.

Lo que sucede es que generalmente, como observa Boileau,

"ce qu'on conçoit bien s'enonce clairement";

y en esos momentos de intuición de las grandes concepciones intelectuales, la palabra, obediente a las exigencias de su ministerio, brota espontánea y lozana, con todos los atributos de su soberanía, para servir de expresión apta y aun brillante y rica a la lucubración del filósofo, a la disertación del tribuno, al precepto del legislador, a la arenga del caudillo, al canto del poeta, a la

(1) Carlos Coello.—*Cuentos inverosímiles*.

(2) "¡Cuántas faltas de gramática en el *Quijote* y qué de frases y voces nuevas, unas forjadas en su fecunda imaginación y otras tomadas del idioma latino!"... Dice sentenciosamente Martínez Marina en su *Ensayo histórico-crítico sobre el origen y progreso de las lenguas*.

oración del evangelista, a todas y cada una de las manifestaciones externas del espíritu humano.

Así, la palabra divina, la más inspirada de cuantas han acariciado el oído del hombre, dulce, apacible, sencilla, consoladora y tierna, abarca todos los problemas, llega a todos los ámbitos del mundo, se extiende a todos los tiempos, influye en todas las conciencias.

“El Doctor de Nazaret—dice un eximio Prelado español—sin tono grandilocuente y desprovisto de todo aparato, presentándose siempre pobre y humilde, predicaba en los caminos, en las ciudades y en los campos, al pie de la fuente de agua viva, sobre la montaña, en las orillas de los lagos y en todo lugar en que se presentaban las multitudes; iba sembrando su palabra como el labrador el grano de semilla que lleva en su mano, arrojándola en dondequiera que encuentra tierra que pueda recibirla, es decir, un espíritu y un corazón. Y esta palabra, sin título oficial que la ampare, sin autoridad pública, sin prestigio exterior, sin el apoyo del nacimiento, ni de las armas, ni de la ley, que sale de una boca desconocida y menospreciada... coloca a Jesús sobre los doctores, los legisladores y los profetas” (1).

Amedrenta la responsabilidad del orador sagrado, heredero de Jesucristo y de los Apóstoles. Tiene al alcance de su fe la verdad divina, que conquistó el mundo con fuerza arrolladora, pequeña simiente, cuyas ocultas raíces, desarrollándose y fructificando, cambiaron la faz del suelo; tiene en sus labios todos los matices y todas las galas de la palabra, singularmente de esta palabra de la vieja Castilla, que parece labrada para hablar de Dios y con Dios... ¡Qué dolor, si malogra el deber evangélico, y en vez de llevar al alma los fulgores de la luz, entenebrece las perspectivas de lo divino, sin la pericia del expositor, sin la unción del apologista, sin la sugestión del misionero!...

Y no habla de Dios sólo la palabra; la contemplación de la naturaleza, su obra prodigiosa, la armonía de la creación, el ritmo de las cosas, la concentración del pensamiento en los fenómenos de la vida, son otras tantas manifestaciones del poder de Dios, que

(1) D. José Salvador y Barrera, Arzobispo de Valencia.—*La palabra de Dios*.

requieren al hombre a la reflexión, a la meditación, al esclarecimiento de su destino sobre la tierra, ofreciendo a los sondeos de la inteligencia, aunque limitada y cohibida, los profundos arcanos de la contemplación del infinito. Los grandes místicos de la Religión Católica, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Francisco de Asís, Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, ¿dónde encuentran la fuente purísima de sus arrobamientos, el manantial fecundo de sus invocaciones a la Bondad y a la Misericordia del Todopoderoso, sino en los resplandores de la fe, en la identificación del propio espíritu con el Ser Supremo, que les habla en la celda y en el campo, en “la escondida senda” y en la catástrofe sangrienta del Calvario, en aquel lugar que santificó con su muerte, al sacrificarse en holocausto de culpas que no eran suyas, el más santo de los mártires, el más admirable de los héroes?...

El silencio es a veces el lenguaje más expresivo, la fórmula más persuasiva y conmovedora del sentir y del pensar. ¿Quién no se conturba ante la muda elocuencia de una lágrima?... Quizá nunca se muestra más desolado el dolor que cuando calla. Así se ha dicho que hay silencios que acusan, que gritan, que protestan, que sollozan y “que explayan movimientos del ánimo, que la palabra jamás sabría revelar” (1).

Hasta el silencio, como veis, recibe el mejor homenaje de la palabra. Quizá entre nosotros es donde menos se observa la regla de los trapenses. De ello se dolía Lope, diciendo que

“el hablar
se enseña en modos suaves
a los hombres y a las aves,
mas no se enseña a callar.”

Y prorrumpía en esta discreta exclamación:

“¡Lástima grande que venga
nuestro error a que nos den
escuelas para hablar bien,
y que el callar no las tenga!...”

(1) D. Antonio Maura.—*Discurso pronunciado en el Senado el día 9 de abril de 1918.*

En Alemania, donde ordinariamente se habla menos, acaso porque se hace más, no es tan necesario predicar el silencio. Y sin embargo, un celebrado vate germano (1), se siente dominado por la grata impresión que le produce una fuente rústica, solitaria y muda, cuyas linfas fecundan el terreno que mojan, y compone una bella estrofa, en elogio del silencio, traducida así al castellano por nuestro poeta montañés D. Amós Escalante:

“Viajero, el paso detén,
y aprende del manantial
a obrar en silencio el bien” (2).

San Agustín afirma que la palabra, a pesar de ser lo más apto para significar lo que se piensa, no es bastante a expresar el verbo interior que la mente concibe. El mismo pudo apreciarlo por experiencia propia: súbitamente aquel joven disoluto y calavera encontró en un rincón de su pecho el germen de la fe y de la grandeza de pensamientos con que asombró a Alejandría. San Pablo, herido por una visión, halló también nuevas moradas en su alma.

Contemplad el hondo misterio de la formación del mundo; reflexionad sobre los designios providenciales de la existencia del hombre con la característica del pecado original—herencia incomprendible sin la luz de la fe—, con los atributos esenciales de luchas, de dolores, de pasiones implacables y aspiraciones inextin-

(1) W. Ramler.

(2) No me gustan los dos primeros versos de la quintilla, que dicen:

“Fluye en límpido raudal,
mas nunca habló su cristal.”

Otro notable poeta, D. Angel Avilés, tradujo la misma composición en estos términos:

“Aunque mana sin cesar,
nunca murmura esta fuente:
párate aquí a descansar
y de ella aprende a labrar
el bien silenciosamente.”

guibles... ¿No es lógico que nuestra insuficiencia se pregunte por qué se nace, qué importa que los hombres se salven o se condenen, a qué motivo responde el continuo ir y venir de generaciones que se complacen en contradecirse, en rectificarse, en agrandar las diferencias que separan a los pueblos, en hacer cada día más intolerante la ley de razas? Si la vida no es más que un puente entre dos eternidades, ¿vale la pena de entregarnos ciegamente a los sacrificios que exige, a las penalidades que impone, a las codicias que suscita, a las ambiciones que alimenta, a este irredimible tráfigo de intereses en litigio, de empresas en proyecto, de libertades o tiranías, de glorificaciones o desmedros, de humillaciones para el de abajo, de inquietudes para el de arriba, el fausto, el oropel, la pompa a un lado, el hambre, la cárcel, la horca a otro?...

Aún no se ha logrado despejar la incógnita en todas estas ecuaciones; aún no se ha conseguido aclarar el sentido íntimo de todos estos problemas. No hay palabra que exprese categóricamente cuál es la significación providencial de la vida, cuál su finalidad esencial, dónde está la clave arquitectónica de este magno edificio, dentro de cuyos muros nos cobijamos, como viajeros extraviados, que se acogen al amparo de un techo, sea el que quiera, cuando el sol los abrasa o la tormenta los combate... Yo sé—porque el sermón de la Montaña me lo enseña y la palabra del excelso Predicador es un dogma—que venimos a la tierra para sufrir, para pelear, para ganar el premio de los justos y remontarnos luego a las fulgurantes esferas de lo eterno. Pero—y no toméis la conjunción como indicio de polémica impía—, ¿no será lícito pretender que la palabra, ese lazo de parentesco entre el hombre y la divinidad, balbuceo sublime de lo sobrenatural, intérprete de lo que fué, de lo que es y de lo que será, ponga ante mí de manifiesto la eficacia trascendente de todo el conjunto de piezas maravillosas que funcionan, que se mueven, que se equilibran y ponderan, obedeciendo a una mecánica, cuya estática y cuya dinámica se ajustan a leyes incomprensibles para el hombre?...

Y sin embargo... El hecho es histórico. Transportémonos a una noche de verano. Brilla la luna, como luminar de plata que esparce su claridad sobre las plantas dormidas, sobre las torres desdibujadas entre perspectivas opacas... Discurre tranquilo el río, que refleja el resplandor de las estrellas... Reina el silencio... El

alma se repliega en sí misma y ante el mudo espectáculo de la naturaleza consulta a Dios; no habla el hombre en aquellos momentos en que todo invita a meditar calladamente. Meditar, que significa más que pensar; pensar es como pintar desconcertadamente y sin arte, es hacer borrones, según el P. Juan de los Angeles (1). Meditar es pintar con orden y concierto, con seguridad y destreza... ¿Os sorprenderá que, al sonar la voz de próxima campana conventual, que llama a la oración, el espíritu místico de un creyente se eleve a las cimas de la abstracción cristiana y de un pecador arrepentido surja un monje?... Preguntad en la Cartuja de Burgos y allí lo encontraréis.

No hay palabra que pueda traducir tales impresiones. No hay frase bastante expresiva para revelar lo que trasciende a lo infinito. ¡Con cuánta elocuencia lo dice el mismo autor a quien acabo de citar!... “No gastes el tiempo en definir, ni distinguir, ni hacer silogismos y discursos largos, averiguando cómo es Dios, qué figura tiene, cómo está, asentado o levantado, adónde moraba antes que criase el mundo, si fué hecho y otras impertinencias a este talle, que distraen el alma y la embarazan y privan de los gustos interiores que tendría, si solamente se ocupase en la bondad de su padre, de su sabiduría, justicia, providencia, hermosura, misericordia y largueza. ¿Por qué has tú de querer comprender al que es inmenso, y estando en el destierro saber como los que se gozan en la patria? Bástate conocer a Dios debajo de razón de bonísimo, sapientísimo, liberalísimo, bienhechor y padre tuyo”.

Por eso yo que, impertinente curioso, aspiro a explicarme lo inexplicable, a ahondar en la mente de Dios, “único en toda grandeza, de virtud y de eficacia infinitas, invariable, sin ninguna desigualdad, ni alteración, ni movimiento, ni mudanza, que se posee a sí mismo, que lo penetra todo, que todo lo llena, mueve, rige y gobierna, que da vida y anima a todo lo creado, a cada cosa, según su naturaleza, que ninguna desea de ellas, ni de ninguna de ellas tiene necesidad... mar sin ribera, esfera sin circun-

(1) Autor de los *Diálogos de la conquista del espiritual y secreto reino de Dios*.

ferencia, centro infinito" (1), que todo lo ha formado con arreglo a su inescrutable designio y en quien vivimos, estamos y moramos, exclamo desde el fondo más recóndito de mi conciencia, rindiendo con la palabra humana fervoroso acatamiento al silencio divino:

Ante el profundo
misterio de tu arbitrio soberano,
caigo a tus pies, Señor, y me confundo...
¡Y me avengo a ignorar por qué tu mano
creó la humanidad y pobló el mundo!... (2).

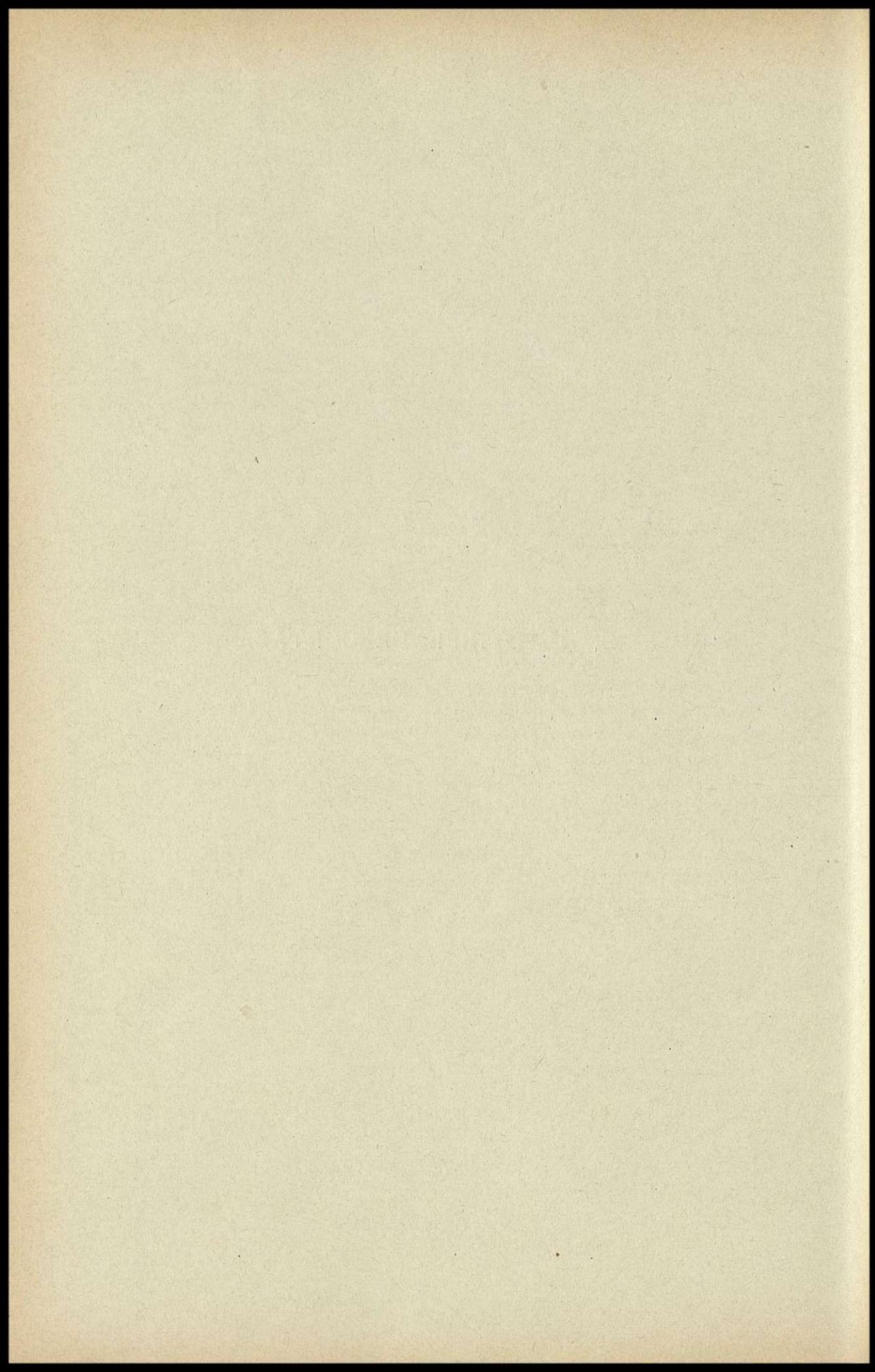
(1) *Historia del Rey de reyes y Señor de los señores*, por Fray José de Sigüenza, célebre por la historia de su Orden y por la descripción del Escorial que nos dejó en ella.

(2) *Ante el misterio*.—Soneto inédito del autor.

CONTESTACIÓN

DRL

EXCMO. SR. D. DANIEL DE CORTÁZAR



SEÑORES :

Casi sin vacilación acepté hace pocos días el encargo con que me honraba el insigne Director de la Academia Española, señalándome para actuar, más bien que de padrino, de mandatario, al dar cordial bienvenida y relatar públicamente los principales méritos del nuevo compañero; y, si un punto vacilé, porque como dice Don Juan Tenorio, "cualquiera duda un momento", deseché todo escrúpulo recordando pronto, como aplicable al caso, lo que una vez me contaba mi inolvidable y llorado maestro, el gran D. Eduardo Saavedra.

Estudiaba éste en la Escuela de Caminos, y cierto día, el Ingeniero Ayudante de la clase de Dibujo, dirigiéndose a uno de los alumnos mandóle que inmediatamente cesase en el trabajo con que estaba ocupado, y que guardase el tablero donde dibujaba. Algo tardó el muchacho en cumplir lo ordenado, y el Ayudante insistió diciendo: "Tenga usted presente que aquí se manda despóticamente y se obedece... lo mismo".

Tratándose de cómo y por quién a mí, ahora, se me daba la orden, hube de obedecer *despóticamente*, y con verdadera satisfacción llevaré adelante el empeño, pues hay además para ello la circunstancia de que desde el día en el cual, ya hace años, un *Tirano de guardarropía*, prevaleciéndose de la posición accidental que ocupaba, y forzando la ley, me declaró inútil para seguir actuando entre covachuelistas, creyendo semejante iluso que así había concluído con mi persona, para demostrar en público, que gracias al Cielo no se cumplió aquel deseo, procuro, siem-

pre que la ocasión se presenta, hacer ver que aún aliento y que no me declaro vencido, ni por la malquerencia de envidiosos ni por las ingraticudes que cosecho de muchos a quienes favorecí.

Y dicho esto, en que no quiero insistir, pues alguien pudiera entender que la pena me agobia, cuando realmente sigo contento con mi suerte y encantado de la vida; por más que tenga que decir, si he de decir verdad, que cuando a Dios pido, junto con el pan de cada día, que perdone mis deudas, huyo de comparaciones y ruego a Nuestro Señor haga la vista gorda respecto a como yo perdono a mis deudores.

Y vamos al asunto. Mi corazón se llena de orgullo al hacer en este momento solemne la presentación de personaje tan esclarecido como el Excmo. Sr. D. Javier Ugarte y Pagés, dada la idea, que entiendo cierta, de estar obligado quien, aunque sea rutinariamente, conoce un camino, a dar la mano al compañero que por primera vez va a recorrerlo, a fin de apartarle de los malos pasos y mostrarle los atajos, de igual manera que el soldado veterano acompaña al bisoño, aunque sea de cuota, cuando ha de acudir a la primera guardia.

Como mentor, pues, en la vida académica, pero no en la literaria, donde para nada me necesita, felicito por su llegada entre nosotros al excelente y sabio amigo cuya biografía es interesante.

Nació el Sr. Ugarte en Barcelona, patria de su madre, de estirpe vascongada por línea paterna, por lo que puede decirse, siguiendo a uno de sus biógrafos, que "une a la inteligente laboriosidad del catalán, la firme voluntad y la noble entereza del cántabro", lo que se ha confirmado gallardamente con los hechos de nuestro nuevo colega.

Este, bien joven aún, y apenas terminada la carrera de abogado en la Universidad Central, brilló como orador elocuente, razonador y castizo en la Academia de Jurisprudencia, siendo Secretario de la misma Corporación, y al propio tiempo adquirió fama de buen periodista, hábil en la polémica y dueño de correcto estilo, fundando en compañía de otros jóvenes compañeros el periódico titulado *El Comercio Español*, y poco después, inclinado ya a la derecha de la política, siendo redactor de *El Tiempo*, periódico dirigido por el Conde de Toreno y el más

autorizado por entonces como órgano del partido conservador. Fué también redactor corresponsal en Madrid del *Diario de Barcelona*, y las cartas que escribiera al viejo periódico barcelonés, siempre bien informadas y con pensamiento maduro, adquirieron crédito verdadero.

En 1877, tras brillantes y reñidas oposiciones, ingresó el señor Ugarte en el Cuerpo Jurídico Militar, y en esta carrera facultativa, después de servir en diversas Oficinas castrenses, fué Relator, y Teniente Fiscal Togado del Consejo Supremo de Guerra y Marina, y Auditor general del Ejército, y en justa recompensa de los servicios que en tales cargos prestara obtuvo la Gran Cruz del Mérito Militar.

Hallábase el Sr. Ugarte de Auditor en Valencia cuando era Capitán general de la región D. Marcelo de Azcárraga, que al ser nombrado Ministro de la Guerra se hizo acompañar por aquel Juez militar, cuyos conocimientos, aptitudes y talento había podido apreciar teniéndole a su lado en la ciudad del Turia.

Ya en Madrid, a la primera convocatoria de Cortes, fué elegido Diputado el Sr. Ugarte por el distrito de Carballino (Orense), que llegó a representar hasta seis veces, y dos más el de Santiago de Cuba. En la vida parlamentaria se abrió paso rápido y merecido, cual correspondía a tan nobles aptitudes para el Parlamento y la Política, y ascendiendo más y más, en Gobiernos presididos por el gran estadista Cánovas del Castillo, fué Director general de Correos y Telégrafos y de Gracia y Justicia en el Ministerio de Ultramar, pasando a Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros al acaecer en Santa Águeda el nefando y cobarde crimen que llorará siempre España. Volvió por segunda vez Ugarte a la Subsecretaría de la Presidencia en el Gobierno regido por D. Francisco Silvela y ascendió a Ministro de la Gobernación con la Presidencia del General Azcárraga. Lo fué asimismo de Gracia y Justicia en los Gabinetes formados por el mencionado General y por el Sr. Villaverde.

Como Fiscal del Tribunal Supremo actuó durante el Ministerio de D. Antonio Maura en 1907 y, últimamente, desempeñó la cartera de Fomento en el Gabinete de D. Eduardo Dato. Actualmente es, a más de Senador vitalicio, Vocal de la Comisión general de Códigos y del Instituto de Reformas Sociales, y hace

algunos años que desempeña la Presidencia de la Real Sociedad Geográfica, y figura entre los más distinguidos Miembros de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la cual ejerce el cargo de Censor.

Muchos y muy variados, pero todos inspirados en el más alto sentido de la moral cristiana, son los trabajos literarios del señor Ugarte, y de ellos merecen citarse especialmente los referentes a derecho y sociología.

Así en lo que se refiere a Legislación militar, para cuya reforma colaboró activamente siendo Secretario de la Comisión que la codificara, publicó una obra en dos tomos titulada *Código penal del Ejército, concordado y comentado*, de la cual, y en el prólogo, dijo el General Ros de Olano que "había conseguido Ugarte esclarecer lo que en el Código pudiera resultar obscuro para aquellos que por primera vez tengan que amoldarse al tecnicismo de la nueva ley".

También es autor de una excelente *Cartilla de las Leyes penales del Ejército*, señalada como texto oficial para las clases de tropa; y del *Manual de Formularios para la práctica del Código de Justicia militar*, dado a luz en 1893, y del que acaba de aparecer la sexta edición, declarándose de observancia obligatoria para los procesos militares, ya que se encuentra en el libro, reducido a términos breves y concretos, cuanto concierne al formulismo procesal.

Con motivo de la ley llamada "de Jurisdicciones", publicó el Sr. Ugarte un folleto titulado *El Ejército y la Imprenta, Cartas a un Teniente*, trabajo justamente elogiado hasta por los más decididos adversarios políticos del autor.

Este, después de ocupar el Ministerio de Gracia y Justicia, dió a la estampa en 1906 el interesante libro *Reformas en la Administración de justicia, Apuntes para su estudio*, cual fruto de los trabajos hechos acerca de esta materia, y de los varios proyectos que tenía preparados para someterlos a la aprobación de las Cortes, respecto a *Reorganización de Tribunales, Reforma del Código penal, Manicomios judiciales, Ejercicio de la gracia de indulto, y Contrato de aparcería*, que llevó al Congreso.

Notables son igualmente las Memorias que, como Fiscal de S. M., elevó al Gobierno en los años 1907, 1908 y 1909, dan-

do cuenta del estado de la Administración de justicia, examinando importantes cuestiones legales e indicando reformas convenientes para el mejor servicio. Figura en este género de publicaciones el folleto que contiene un discurso dicho ante el Senado sobre *Condena condicional*, 1908, interpretando la ley que consignó semejante reforma.

Para mejorar la condición de la clase obrera el Sr. Ugarte ha trabajado también de manera práctica, ya interviniendo en la *Acción Católica Social*, ya en la formación de leyes y reglamentos, ya con activa colaboración en las tareas del *Instituto de Reformas Sociales*; y en este particular merecen mención especial la conferencia *Pobres y ricos* explicada en el Círculo de Obreros del Sagrado Corazón (1895) y la referente al *Problema social agrario en España*, dada en el Ateneo de Madrid ante Su Majestad el Rey.

Los discursos parlamentarios del Sr. Ugarte son muchos, habiendo tratado de bien diversas cuestiones y muy especialmente de las referentes a *Administración de justicia*, *Derecho público*, *Reformas Sociales*, *Legislación militar* y *Leyes de Presupuestos*, cuya Comisión del Senado ha presidido varias veces.

Al ingresar en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el discurso del Sr. Ugarte se refirió a *Las modernas ideas de organización social y nuestras antiguas leyes y costumbres*, trabajo de primer orden, como aquellos otros con que en la misma Academia dilucidó problemas tan importantes como *La educación moral*, *La ciencia de la educación tiene su lugar propio entre las ciencias morales*, *El anarquismo contemporáneo y el sindicalismo revolucionario*, *Sustantividad y fundamento del Derecho militar* y *La función judicial*, contestando a los Académicos Marqués de Figueroa; Salvador y Barrera, Obispo de Madrid-Alcalá; Conde de Torreánaz; D. Angel Salcedo y Ruíz y D. Tomás Montejo.

A estos estudios doctrinales hay que agregar las necrologías del Conde de Tejada de Valdosera, de D. Eduardo Saavedra, de D. Antonio García Alix, de D. Marcelo de Azcárraga y de D. Enrique D'Almonte, y los discursos referentes al *Delito colectivo* y a las *Consecuencias de la guerra europea en los diversos órdenes de nuestra vida nacional y problemas que planteará*

la paz. Estos últimos trabajos, de notorio valor para los momentos presentes, han sido objeto de luminosos y prolijos debates en la misma Academia de Ciencias Morales.

Claramente se ve que la evolución de las leyes políticas y sociales ha solicitado grandemente la atención de Ugarte, acreditando la suficiencia y los prestigios de que goza en semejantes ramas del saber; pero los méritos del político y del jurisconsulto se avaloran, para nosotros, con los del literato, singular conocedor de nuestros clásicos y de nuestra lengua, según ha justificado en muchas de las obras que de bellas letras ha dado a luz, y entre las que sobresalen los tres tomos de poesías que ha denominado *Ascéticas*, *Intimas* y *Amargas*, valiosas joyas que conviene analizar para dar idea, siquiera sea remota, de ellas; y a fin de evitar, si yo por mí solo lo hiciera, que alguien llegara a pensar que el cariño que tengo al autor de estos libros me impulsaba a exagerar el mérito, copiaré algo de lo mucho que antes de ahora y acerca de ellos se ha escrito por eminentes críticos y literatos; y así, salvando toda suspicacia, sustituiré con magistrales y recias opiniones lo que, como mío, sería harto endeble.

Dando cuenta el ilustre escritor D. Eduardo Gómez de Baquero de la aparición, hace ocho años, del primero de los tres citados volúmenes, dijo:

"*Ascéticas* es una colección de poesías religiosas y morales, donde bien se echa de ver el comercio espiritual con nuestros clásicos en lo castizo de la rima y en el amplio cauce de ideas por donde corre la inspiración. Al tono elevado y noble que corresponde a este género de poesía unen las del Sr. Ugarte una facilidad y una corrección métrica que revelan, por una parte, el don musical del vate, que es como el oído en las letras, y por otra, la cuidadosa lima que recomendaba Horacio, y que han querido derogar los usos y costumbres de algunos poetas modernos.

"Si se consideran las composiciones que forman el primer grupo del libro, aparecen éstas como sentencias rimadas, breves apotegmas adornados con el lenguaje figurado del verso, y aplicando a las mismas composiciones una denominación clásica, podríamos llamarlas centellas del ingenio moral.

"En el segundo grupo, el tema poético adquiere mayor des-

arrollo en la rima y toma aquellos adornos de dicción e imagen de que huía la forma concisa, sentenciosa, condensada de las composiciones del primer grupo; siendo la parte tercera una colección de sonetos de notable corrección métrica, en los cuales se ve, venciendo la dificultad de esta combinación clásica, la soltura con que el autor maneja el verso castellano.”

El elocuente orador D. Luis Calpena, se expresa así al hablar de la obra del Sr. Ugarte: “Hacia mucho tiempo que no había caído en mis manos un libro moderno que pudiera entrar como *Ascéticas*, por derecho propio, en la esfera del clasicismo cristiano; yo no me canso de leer este Kempis del siglo xx.”

Y entre lo dicho por otros maestros del bien hablar, y que no cito por no alargar la crítica, copio de lo escrito en una carta por el Cardenal Primado: “Hermosa manera es la del Sr. Ugarte de ocupar los breves paréntesis de descanso, en medio del tráfigo de las diarias tareas. Sembrar el bien es siempre cosa laudable, pero el hacerlo de la manera tan amena y con frecuencia ingeniosa como se ha hecho en el libro *Ascéticas* es doblemente plausible, ya que cultivando gallardamente la forma no se ha olvidado la idea, y así hasta en las composiciones más cortas hay siempre profundas sentencias y el vestido literario da realce al pensamiento, como debe ser siempre en la verdadera poesía”.

Prescindiendo de citar más críticas laudatorias referentes al libro *Ascéticas*; para que cuantos no lo hayan saboreado puedan tener una muestra del valor poético de la obra, yo copiaré, para terminar ahora, uno de los sonetos que en ella figuran y que, con el título *El tronco seco*, dice así:

“No a tu piedad desatentado pido
que prolongues, Señor, mi vida errante,
cuando triste, caduco y jadeante
a la región me acerco del olvido.

Arbol frondoso en el abril florido
yérguese altivo, fértil y arrogante.
¡Ay de él, si no da sombra al caminante
ni engalana el vergel, ni ampara el nido!

Así el anciano, cuando el sol declina,
rinde a la tierra su postrer tributo,
humilde esclavo de la ley divina.

¡Hermosa y sabia ley!... Doblado y hueco,
sin verdes ramas, ni dorado fruto,
¿de qué sirve, Señor, el tronco seco?"

Del prólogo que para la obra del Sr. Ugarte titulada *Intimas* ("Coplas viejas"), escribió hace cinco años nuestro ilustre compañero D. Ricardo León, trasladaremos ahora unos párrafos con que se retrata admirablemente al autor del libro y juntamente se da idea clara de éste:

"Cristiano y español hasta las últimas raíces de su espíritu, delicado y firme en los pensamientos, pulcro y cortés en las palabras, discreto y prudente en las acciones, grave sin afectación, docto sin pedantería y animoso sin vanagloria, es D. Javier Ugarte uno de aquellos varones que pintaba Gracián, calificados, en el arte de todas las materias y en el ejercicio de todos los empleos, hombres de plausibles noticias y múltiples gustos. Orador y poeta, periodista en su juventud, juriconsulto insigne, político muy versado en cuestiones económicas y sociales, dió hartas pruebas de su talento y energías en Academias y Liceos, en Asociaciones culturales y patrióticas, en los Cuerpos de consulta y legislación, en las Cámaras, en los Consejos del Rey. Con igual decoro y señorío, ciñó el uniforme, concertó las leyes, gobernó la pluma, vistió la toga, aquella inmaculada toga, noble herencia de su padre, enaltecida en ejemplar soneto, y pulsó por fin el viejo laúd de los poetas para distraer divinamente los ocios y descansos de su robusta y laboriosa vida; para explayar los altos ideales de su alma de patriota y de creyente.

"De tan mansas y melancólicas disposiciones del alma en horas de soledad y meditación, brotaron casi todos los versos del Sr. Ugarte, las nobles y severas rimas que bajo el nombre de *Ascéticas* fueron dulce y exquisito manjar para muy delicados paladares, y estas otras que aquí, lector, se te ofrecen, representan nueva y sabrosa confianza de quien, gloriosamente curtido en las luchas del mundo, torna los ojos al rincón apacible, a la serena lumbre de su hogar cristiano, escribiendo:

"Una vez más a tu risueña playa
vengó en demanda de apacible asilo;
una vez más de mi vivir tranquilo
eres faro, trinchera y atalaya.

Cual ave errante que su canto ensaya
desde la copa de frondoso tilo,
ante la fiera tempestad vacilo
y cobarde mi espíritu desmaya.

Por eso ansioso, de mi bien en prenda,
buscando llego el tutelar amparo
de techo amigo que mi afán defienda
y el mundo esquivo, de mi dicha avaro,
pues sé que al fin de tu escondida senda
¡trinchera encuentro y atalaya y faro!"

"Versos tan bien nacidos, apenas habrían menester para deleite y aplauso de los discretos lectores otro aliño que la sencilla y graciosa espontaneidad con que salieron del alma y se calentaron en el horno del corazón; mas es poeta el Sr. Ugarte muy diestro en toda suerte de primores y elegancias para vestir y arrear los fáciles frutos de su ingenio, tal como quien allegó la ciencia y la experiencia, el sentimiento y el arte; la substancia de la poesía y el fuerte sabor de la forma clásica. Su predilección por el soneto, del cual es rotundo y hábil artífice; su fidelidad a los metros y ritmos de Castilla, bárbaramente rotos ahora por quienes pretenden sujetar el noble corcel de nuestra lengua española al paso torpe y duro de la prosodia francesa; la claridad y llaneza señoril de su estilo, y, sobre todo, el estro católico, la sangre generosa que corre por las venas de sus versos, le consagran poeta castellano en el sentido más hidalgo y tradicional de nuestras Musas.

"Feliz quien, al llegar al otoño de su vida, conserva en el alma los dones de la juventud, en la frente el "rayo que derriete la nieve de las alturas"; feliz el hombre y el poeta que tras largas noches de vigilancia espiritual en los duros trances del siglo, tras muchos años de honrosa labor en las grandes empresas civiles, puede mirar a lo futuro con esperanza y valentía, contemplar lo pasado con suave tristeza, mas no con acre remordimiento, y decir a su pluma, la fiel amiga de sus afanes y trabajos, estas nobles palabras de orgullosa humildad:

Huyamos a la aldea.
Allí, al amparo de la grata sombra
de murallas que ayer fueron castillo;
sobre la verde alfombra
que perfuman la juncia y el tomillo;

cara al mar, que sonoro se derrama
al pie del viejo monte,
cuya alta cima en secular reposo
atalaya y corona el horizonte,
cual pájaro en la rama,
contigo a solas viviré dichoso,
ni envidiado del mundo ni envidioso."

Respecto al tercer tomo de poesías del Sr. Ugarte, que tituló *Amargas* ("Verdades en verso"), dice nuestro amigo y compañero el Sr. Cavestany en el prólogo que encabeza la edición del libro:

"Es innata en Ugarte la afición a la poesía. Aunque haya esperado a la plena madurez de la vida y de la inteligencia para dar a la estampa sus versos, yo estoy seguro de que desde sus más tiernos años ha consagrado sus ocios a emborronar cuartillas con *renglones cortos y largos*.

"Pruébalo así no sólo el perfecto dominio de la técnica, cosa que no se adquiere de pronto, sino también la constancia con que una vez lanzado por ese camino persevera en él. *Amargas* es el tercero de los volúmenes que entrega a la publicidad en breve espacio de tiempo, y hay que esperar que a éste sigan otros para honra y regocijo en las letras. Y si otra prueba se necesitara la tendríamos en el entusiasmo con que, después de haber llegado a las cimas de la Política y del Foro, da de mano a los múltiples trabajos y ocupaciones que le impone su posición para entregarse con fe y ardor juveniles a pulsar la lira.

"Ugarte es poeta equilibrado, completo, que ni sacrifica el fondo a la forma, ni descuida ésta, arrastrado únicamente por el pensamiento. A juzgar por el esmero con que pule y cincela la estrofa, podría tomársele por secuaz de la doctrina del "Arte por la Belleza"; mirando al sentido moralizador de cuanto sale de su pluma, más bien parece partidario de la teoría: "El Arte por el Bien", pues si encuentra siempre con facilidad la forma adecuada para encerrar el pensamiento, nunca la modela tan justa, tan elocuente, tan hermosa, como cuando levanta los ojos y mira al cielo.

"Ahí va la prueba:

“Sube cada vez más la ola de cieno...
¿Consentirás, Señor, el desenfreno
de la torpe maldad que te escarnece?
¡Ah, no!, que si en tu voz retumba el trueno
en tu mirada el iris resplandece.”

“Muchas citas como ésta pudieran hacerse, pero no es necesario, para dejar bien demostrada mi afirmación que Ugarte es un admirable poeta; afirmación que en ninguna parte huelga tanto como en este libro, puesto que quien lo haya cogido en la mano tendrá el inmenso placer de confortar su espíritu alejándole de las miserias de la realidad, sintiendo en el alma la caricia dulcísima de la consoladora, de la santa Poesía.”

Innecesario es añadir una palabra más en loa del Sr. Ugarte, llamado por la Academia para ocupar el sillón que dejaron vacante los ínclitos varones D. Francisco Fernández y González y el Reverendo Padre Fita, cuyas apologías quedan tan brillantemente hechas como habéis oído, y aun cuando lamento profundamente que la muerte despiadada no haya dudado en arrebatarlos aquellos respetables compañeros, que emplearon sus vidas en servicio y honra de la Patria, no he de ser yo quien ponga mano para empequeñecer y desvirtuar el espontáneo y hermoso tributo de admiración rendido por el Sr. Ugarte a la buena memoria de Académicos tan preclaros, cuya desaparición de entre nosotros sentimos profundamente y con sobrada razón.

Bastante sería lo expuesto para dejar a salvo mi actual compromiso poniendo punto a la perorata, con beneficio de cuantos me escuchan y también del mío propio; pero como la costumbre exige que el encargado de contestar al Discurso con el cual se confirma una elección académica diga algo del tema leído por el recipiendario, reseñaré aquello que, casi a vuela pluma, he escrito referente a lo que acabáis de oír al Sr. Ugarte, decidido a que vuestra molestia dure poco, pues ahora no corresponde otra cosa, por más que la materia tratada sea de tal interés e importancia, que para analizarla y comentarla debidamente, por quien tuviera competencia bastante en ella, de seguro que necesitaría tantos tomos como los que para contar la vida del Obispo de Mechoacán, según decía la Doña Irene, de Moratín,

en la linda comedia *El sí de las niñas*, se estaban escribiendo a fin de relatar tomo por tomo y uno a uno los ochenta y dos años, tres meses y catorce días que duró la existencia de aquel venerable varón.

Y digo esto, supuesto que, como habréis entendido, el tema expuesto por el nuevo Académico versa acerca de la significación y concepto de las palabras y de la manera como éstas se emplean, se desnaturalizan, corrompen y sustituyen al usarlas en lo hablado o en lo escrito, y cómo influyen en la vida de las razas y de los individuos, al ser expresión del pensamiento en los actos de Gobierno; en las necesidades y costumbres sociales; en los dictados del honor y de la Justicia; en la oratoria sagrada y profana; en el periódico; en la literatura en general y particularmente en la poesía, y en otros muchos conceptos, considerados además desde diversos puntos de vista.

Y es porque el Sr. Ugarte entiende que la palabra es la única manifestación cierta de cuanto el espíritu, la inteligencia, la reflexión y la experiencia del ser humano pueden declarar, y por ello tiene en cuenta los neologismos, los tropos, la comparación de vocablos de lenguas y dialectos diversos y hasta algunas frases célebres antiguas y modernas.

De tan amplísimo programa yo sólo he de tomar algo de lo referente al origen del lenguaje y vida de las palabras, para con ello cumplir lo mejor que pueda mi actual cometido. Resultará así, que a un trabajo brillante y de verdadera psicología literaria se responde con otro prosaico fundado en los que pudieran admitirse como datos positivos y explicativos de la ciencia del lenguaje; pero si ambos concuerdan en el fin, se demostrará una vez más que cualquiera que sea el caso no hay otra diferencia esencial entre las manifestaciones de las letras y las ciencias sino la manera con que aquéllas se expendan.

A principios del último siglo, el Sr. Traggia, Académico de la Historia, en el artículo dedicado a *Navarra* en el Diccionario Geográfico histórico de España, emitió la idea de que *las palabras consisten en un poco de aire articulado*, es decir, en el *venticello* con que, también desde la fecha citada, se describe la *Calumnia* en la ópera *II barbiere di Siviglia*; y esto que cuando se expuso pareció por demás aventurado, ha venido a demostrarse, casi por completo, con los modernos estudios de Filología comparada y de Lingüística, apoyados en la Fisiología, pues

dotado el hombre, según su naturaleza, de un órgano apropiado, en éste se cambian las voces inarticuladas en sonidos determinados, representativos de la emoción consiguiente a cada alteración del ánimo, y así se originan las palabras, y cada una de éstas, por un determinismo fisiológico, llega a responder a la acción voluntaria del individuo, cuando hace vibrar ciertas membranas del aparato respiratorio propio, para que los sonidos se desarrollen con volumen y calidad particulares en las cavidades bucales; siendo el funcionamiento de todas estas partes del organismo tan singular, que según los estudios hechos en Inglaterra por Oestel, por Hodgkinson y por el célebre Profesor de Canto, el español Manuel García, inventor del laringoscopio, el cual, en avanzadísima edad, hace pocos años falleciera en Londres, que para conseguir todos los sonidos del canto, incluyendo los falsetes, desde las notas más bajas a las más altas que puede emitir un contralto, basta una diferencia de contracción en la longitud de los músculos de la laringe, que no pasa de un milímetro. Conclusión a que también ha llegado después de repetidos experimentos el gran fisiólogo Sernou, según un artículo publicado por este autor en los *Proceedings of Royal Institute*. London, 1891.

Para entender la producción de la voz humana, partiendo de datos anatómicos, será suficiente decir, que a continuación de la tráquea (entre ésta y la faringe) se encuentra la laringe, u órgano de la voz, especie de caja hueca formada por diversos cartílagos en los que se insertan multitud de músculos, cuyos movimientos de contracción y dilatación hacen cambiar las posiciones relativas de las partes ternillosas de dicha laringe, la cual, en estado normal, es atravesada por el aire expelido desde los pulmones sin producir sonido alguno, mientras que en cuanto se ponen en acción los ligamentos musculares, llamados cuerdas vocales, el aire que sale de los bronquios ocasiona sonoridades donde es posible distinguir *intensidad, tono y timbre*.

Depende la primera de la amplitud de las ondas sonoras del aire impulsado; el tono, o altura musical, del número de vibraciones que se producen en la unidad de tiempo, y el timbre, de la naturaleza y forma de las partes vibrantes.

Por eso en el hombre, cuyos ligamentos, así como los cartílagos laringeos, tienen ordinariamente más desarrollo y menor

flexibilidad, la intensidad de la voz es mayor y el timbre es también más grave que en la mujer.

No pasó esto inadvertido a los antiguos lexicólogos españoles, aunque desconocían la causa del fenómeno, y así Covarrubias Orozco, en su *Tesoro de la lengua castellana*, dado a luz en Madrid en el año del Señor de 1611, expuso con aplicación a la letra A lo que con escasa variación reprodujera en 1726 el *Diccionario de Autoridades*, diciendo:

“Es la letra A la primera en el orden, porque es la que la Naturaleza enseña al hombre desde el punto de nacer, para denotar el llanto, que es la primera señal que da de haber nacido; y aunque también quiere pronunciarla la hembra no es con la claridad del varón, pues su sonido (como lo acredita la experiencia), tira más a la E que a la A, en que parece darse a entender que entran respectivamente en el mundo como lamentándose de sus primeros padres Adán y Eva.”

Y para completar la definición de la letra A, Covarrubias agrega:

“Llámase letra vocal porque sin ayuda de los demás instrumentos con que se forman las letras, se forma así ella como las demás vocales que se le siguen en orden, yendo apretando y recogiendo la boca y conformando el golpe del aliento: el de la letra A libre; el de la E cerca de los dientes; el de la I en el paladar alto; el de la O algo más retirado, y el de la U en el fondo del mismo paladar y acabando de cerrar los labios: con que resultan las cinco vocales, o con el espíritu tenue o con el áspero.”

De todos modos, y volviendo al estudio fisiológico, resulta que los sonidos producidos en la laringe son *gritos* cuando carecen de ritmo y se conservan sin modificación de tono; son *canto* si aquéllos se modulan con vibraciones comparables con otras voces de intensidad mayor o menor, y forman *palabras*, cuando convenientemente modificados dan sonoridades determinadas, aunque no sean apreciables las diferencias con que aquéllos se determinaron primitivamente, cuando representaban los tonos bien acusados que constituyen las vocales.

Desde hace algunos años se ha trabajado mucho para conocer directa y experimentalmente la condición musical de las palabras sintetizadas sólo en las vocales, fundándose las pruebas prácticas en que la calidad de la voz humana se halla sujeta a las mismas leyes físicas que determinan el tono y el timbre de

diversos instrumentos musicales, y ha resultado que cuando se desea reproducir el sonido de una vocal dada, la cavidad resonante de la laringe tiende a ajustarse a señalada forma, y sólo cuando esto se consigue es cuando el aire que por aquélla pasa da el sonido de la vocal deseada. Múltiples ensayos se han hecho para determinar, en cada caso, la forma de la cavidad resonante, y los datos obtenidos por los observadores más competentes han dado resultados bastante diversos, probablemente por causa de que el tono de las vocales en los individuos de las diferentes razas humanas son desiguales, según se demuestra en el *Text book of Physiology*, de Schäfers, citado en el artículo *Voice* de la Enciclopedia británica.

Efectivamente, todos conocemos cuán distinto es el timbre de voz de los chinos y japoneses del de los alemanes, por ejemplo, así como el de los españoles y marroquíes y de los norteamericanos, y por esto resulta que el sonido de las vocales en tan diversos pueblos aparezca distinto, según lo confirman las investigaciones hechas por medio del fonógrafo por Mrs. Kendry y Jenkin en Inglaterra, Herman en Alemania, y principalmente por Marichelli en su libro *La parole d'après la trace du Phonographe*. París, 1907.

Una vez que el aire pulmonar ha salido de la laringe por la glotis, llega a las cavidades bucales cerradas por la bóveda y el velo del paladar, la lengua, los carrillos y los dientes, hasta alcanzar la boca, y los fenómenos de la pronunciación resultan por la acción sucesiva o conjunta de todas las dichas partes del complejo aparato, útil para conducir la voz, reflejarla y lanzarla al exterior.

Pero acaece siempre que con sonidos articulados se constituyen las palabras, y éstas pueden dividirse, según el punto donde se originan, en dos categorías distintas señaladas por Helmholtz: Las *vocales*, que se forman en la laringe y se refuerzan en los conductos superiores, y las *consonantes*, producidas en estos conductos al acentuarse el sonido laríngeo, clasificándose después, según el tono, en sostenidas, explosivas, vibrantes, silbantes y hasta nasales, cuando el ruido productor va a determinarse en las fosas de la nariz antes de salir por la boca.

El gran fisiólogo francés Magendie, ha propuesto para el caso una clasificación más sencilla que la que acabamos de indicar, dividiendo las letras en *vocales* y *no vocales*, según que el sonido

respectivo se deba a sólo la modificación de voces primitivas o dependencia de alteraciones en éstas por sucesivas acciones musculares.

Dedúcese de lo dicho, que el aire articulado al cambiar el grito en palabra sólo ha podido comenzar a manifestarse para los casos más sencillos, que la gramática denomina interjecciones, y que son la expresión de simples movimientos reflejos de emociones inmediatas; pero exceptuadas estas interjecciones, las demás palabras no tienen verdadero valor sino cuando están agrupadas en frases, idea señalada desde bien antiguo por los gramáticos, y que nuestro sabio compañero D. Eduardo Benot sintetizaba con la especie de paradoja: "Sin palabras no se habla". "No se habla con palabras".

Hay, pues, que distinguir en éstas el *sonido*, el *sentido* y la *relación* o dependencia cuando constituyen las frases, correspondiendo por estos tres aspectos el sonido a la música, el sentido a lo que ahora decimos fonética o significación dentro del léxico de cada lengua, quedando la relación de la dependencia en las frases sujetas a la gramática.

El desarrollo de las lenguas no parece haber seguido un mismo procedimiento, sino que éste se ha modificado por la influencia de las circunstancias históricas, del medio ambiente y hasta por la comodidad de los individuos que hablan un lenguaje señalado.

Es curioso observar cómo al nacer un niño en una sociedad de una raza determinada, y darle un nombre los responsables de su nacimiento, dicho nombre, que contesta a la necesidad de distinguir al recién nacido, siempre es conforme con el gusto de aquellos entre quienes ha llegado a vivir. Padres españoles, por ejemplo, no dan a sus hijos nombres chinos o aztecas, sino el del santo que se venera el día del nacimiento, el de un amigo que sirve de padrino o el de un pariente rico a quien se espera llegue a heredar el nuevo vástago, y esto, que no depende directamente del desarrollo de las lenguas, es, no obstante, un signo de vida, como lo es también la influencia que los nombres propios de individuos ejercen en la denominación de algunos descubrimientos o de ciertas dignidades. Así, César, sobrenombre de la familia Julia, que como título de dignidad llevaron los Emperadores romanos, ha servido para calificar la suprema dignidad de los jefes de una nación: en Alemania el Kaiser, el Czar en Rusia. Herschel ha sido el padrino de un planeta, y Leve-

rrier el de otro, y lo mismo han conseguido diversos astrónomos que, durante el siglo pasado, han descubierto múltiples asteroides, lo que hace disculpable el ardor con que, para satisfacer el amor propio, se disputa entre los sabios el derecho de denominar cualquier descubrimiento o invención.

De todas maneras, siempre es necesario que exista una idea anterior a la imposición de una palabra, pues querer negarlo sería pretender que un objeto nuevo no podía existir antes de recibir nombre, o que el niño recién nacido no vivía hasta después de ser bautizado.

No ha de presentarse un problema más sencillo y al mismo tiempo más fundamental, que el de saber cómo aprendemos a hablar, es decir, cómo llegamos a poseer el lenguaje propio de cada uno. La respuesta, como fruto de lo que observamos y de lo que dice el sentido común, es que nuestro hablar se nos enseña por aquellos que nos rodean en la infancia, contraria proposición a la sostenida por antiguos preceptistas de que el lenguaje se produce espontáneamente en el individuo, y se desarrolla a medida que éste se desarrolla también, corporal e intelectualmente.

Los ejemplos diarios confirman la primera opinión, adversa a la de que todos los descendientes de una raza determinada habrían de tener la misma habla, aquella que se estimase como original y característica.

Así, un niño hijo de padres españoles, que nace, o recién nacido pasa a un país extranjero, habla la lengua de este país, a menos que los padres estén constantemente a su lado, caso en el cual el niño dicho hablará dos lenguas con igual facilidad. Basta dar un ama francesa a una criatura hija de padres ingleses, alemanes o italianos, aun cuando ésta siga en Inglaterra, Alemania o Italia, sin cotidiano contacto con otras personas sino la que cuida de él continuamente, para que dicha criatura hable francés como si hubiera nacido en Francia.

Y es natural que así suceda, pues lo primero que el niño tiene que aprender antes de hablar es a distinguir los objetos, a reconocer la individualidad de las personas o cosas que le rodean, para obtener el resultado de acciones psicológicas muy complicadas y fuera de la acción lingüística, y mientras esto sucede el niño ensaya sus órganos vocales y tiende por instinto natural a imitar los sonidos que oye a su alrededor.

Aprende así a asociar a los objetos que ve los nombres con que las personas que con él están se los enseñan y nombran, repitiéndoselo una y otra vez, hasta que llega a aprender aquel nombre tras mucho tiempo y después de conocer bien los objetos, y cuando trata de emplear la voz con que los distingue, lo hace de manera vaga e imperfecta, de modo que sólo es entendido por aquellos que conviven con él. Y no obstante, desde estos primeros esfuerzos el niño, realmente, comienza a hablar, señalándose de este modo la marcha con que la inteligencia humana camina para la adquisición del lenguaje (1).

Volviendo ahora a lo que dejamos indicado, respecto al origen de las palabras, que definíamos como completas representaciones de ideas sencillas, esto es las interjecciones, podemos también comparar con ellas por su ingenuidad las voces con que los niños comienzan su charla, pues es notable la uniformidad aun entre pueblos los más distintos y separados: basta recordar

(1) Cual confirmación de que el lenguaje en los niños sólo se produce por la imitación de las voces que a su alrededor oyen, viene a cuento recordar lo que refiere Herodoto al principio del tomo 2.º de *Los nueve libros*. "Vivían los Egipcios persuadidos de ser originarios de los primeros habitantes del mundo, hasta que en el reinado de Psamético (658-617 ant. J. C.) cedieron tal honor a los Frigios, porque queriendo aquel rey averiguar a cuál de las naciones correspondía la lengua primitiva, ideó entregar dos niños recién nacidos a un pastor, fiel sirviente, para que allá en un aprisco fueran criados, sin que hablasen con nadie y sin más contacto con otros seres que el de las cabras que a horas determinadas fueran a alimentarlos, pues así se podría llegar a conocer a qué lengua correspondían las primeras palabras que los niños dijeran.

"Hízose como quiso el rey y así transcurrieron dos años, hasta que un día el pastor encargado fué a abrir el aprisco, y los niños se dirigieron a él alargando las manos y gritando *becos, becos*, voz que sin ninguna otra repitieron en adelante, siempre que veían a su guardián. Dióse cuenta de ello al monarca, quien mandó le fueran presentados los niños, que dijeron ante la Corte una y otra vez *becos, becos* y nada más que *becos*. En vista de ello, Psamético hizo indagar a qué idioma pertenecía y lo que significaba aquella voz, hallándose que con la misma se designaba el pan entre los Frigios, lo cual hizo que los Egipcios cediesen en su pretensión de antigüedad sobre todas las demás naciones."

Claro es hoy entender, que si los niños de la anécdota no pronunciaban más palabra que la de *becos*, nacía de no haber oído otra voz sino la del berrido de las cabras que los habían alimentado.

los gritos, más que palabras, *pa-pá*, *ma-má*, *be-bé*, *ne-né*, que con ligerísimas diferencias pronuncian los niños en todas partes.

Un lenguaje primitivo viene a conservarse así en las sociedades actuales, confirmando que con tan espontáneas manifestaciones del espíritu se han debido originar una especie de radicales o raíces, que por la acción del medio ambiente y social llegaron a producir familias de palabras que, reunidas, constituyen hoy las diversas lenguas.

El lenguaje es, pues, producto común de la razón pura y de la acción comparativa o de relación; por esto, cuantos han sostenido que el habla es exclusivamente el resultado de las sensaciones psicológicas se equivocan, lo mismo que quienes señalan para las ideas origen puramente material. La sensación ha dado vida a un elemento variable y accidental, capaz de ser distinto al que lo es actualmente para cada caso, constituyendo la palabra; pero la forma racional, sin la que las palabras no hubieran podido producir un lenguaje, es otro elemento trascendental que da a la obra carácter puramente humano y relativo, que al ser analizado en las condiciones de dependencia constituye la gramática de cada idioma.

Voces aisladas, por muchas que sean, no forman una lengua, como un conjunto de sensaciones no son un hombre, pues lo que da forma al habla, obedeciendo al pensamiento, no es más que el establecer el nexo lógico con el cual la inteligencia relaciona las cosas. De aquí que la significación primitiva dada a una voz determinada, vaya, con frecuencia, transformándose de una analogía en otra, para que así nazca y crezca la *metáfora*, con la cual el sentido de las palabras llega a variar de manera, al parecer tan caprichosa, que a menudo desaparece el significado primordial y no subsisten sino acepciones derivadas, poco concordantes entre sí y distintas de lo original.

Por esto, aun dentro de una misma familia de lenguas, se producen tan extraordinaria diversidad para un vocablo, que idiomas evidentemente derivados de la misma raíz, tales como el español, el francés, el inglés, el alemán, el ruso, el persa, etcétera, que todos son lenguas indo-europeas, hayan ido divergiendo más y más, hasta no poderse reconocer como similares, y en que sólo la ciencia más atenta puede señalar la fraternidad.

Cada pueblo ha seguido camino distinto para la creación de las metáforas, según el carácter íntimo y la naturaleza o me-

dio que le rodea. Las analogías que imperan en el ánimo del hombre del Norte, no corresponden de ordinario con las que presiden para la asociación de ideas de el del Mediodía, y por ello han nacido derivaciones casi absolutamente incompatibles unas con otras y entre sí.

La metáfora, según indica su nombre, griego, equivalente a *Translación*, constituye el tropo gramatical, merced al cual se cambia el sentido recto de las voces en otro figurado, por comparación tácita, para expresar así una idea con el signo de otra con la que guarda analogía, y como todo cuanto se conoce es susceptible de comparación, aun cuando sea remota, fácil es, por consiguiente, establecerse la metáfora, llegando ésta a ser tan frecuente, que hasta en el lenguaje común se prodiga con toda espontaneidad.

Cita el Sr. Ugarte el caso de designar al hombre valiente con el epíteto de *león*, y con el de *fiera* lo califica Campoamor cuando en el canto segundo del precioso *Pequeño poema* "Los buenos y los sabios", hablando de Juan Soldado, dice:

"Fué tan grande de Juan la bizarría
que Pedro Antonio de Alarcón decía
que en Tetuán se batió como una *fiera*,
llevando en la batalla por bandera
un pañuelo de hierbas de María."

Sería "cuento de nunca acabar" citar ejemplos de metáforas, fraguadas por el pueblo, y antes de ahora, yo he señalado entre otras las de denominar las gentes de Madrid *almendras del Pardo* a las bellotas, *chuletas de huerta* a las patatas, *perdiz económica* a la cebolla, *jabón de Palencia* a la pala de las lavanderas, según lo consigna nuestro Diccionario; *chorizos de Leganés* a las guindillas de cornezuelo, *vizconde* al visojo, el *gordo* al premio mayor de la lotería de Navidad, *cuatroojos* al que gasta lentes, y *coeficiente* a la persona que acompaña a un examinando de ingreso en las Escuelas militares. No se olvide, sin embargo, que en la epístola 2.^a de San Pablo a los Corintios, cap. III, se dice, según la traducción de la Vulgata: *Qui et idoneus nos fecit ministros novi testamenti: non littera sed spiritu, littera enim occidit, spiritu autem vivificat.* (El, que también nos ha hecho ministros idóneos del Nuevo Testamento, no por la letra sino por el espíritu, porque la letra mata y el espíritu vivifica.)

Sin salir de las alteraciones metafóricas que ocurren para la voz *palabra*, tema del discurso que comento, tengo bastante para concluir mi trabajo, insistiendo en afirmar cuánto influye la metáfora en la formación del lenguaje.

Si partimos de la definición que para *Palabra* da nuestro léxico diciendo: “Es el sonido o conjunto de sonidos articulados que expresan una idea”; lo que viene a ser igual a lo manifestado por el Padre Fr. Hortensio Paravicino, de que “*la palabra* es el pensamiento pronunciado en la boca”, y es también idéntico en esencia a lo que escribiera Lope de Vega: “Sólo quiero que me quede una voz inarticulada como la que la Naturaleza concedió a los animales, con que en vez de *palabras* forme gemidos y suspiros en vez de quejas”.

Dadas las voces, con ayuda de la metáfora, se llega a determinar en cada caso la acepción real de los vocablos con la seguridad y firmeza necesarias, para definirlos como testimonios ciertos de verdad, lo que afirma la edición Príncipe del Diccionario de la Academia atribuyendo tal sentido a la *palabra de Dios*, según se confirma en la copla 74.^a de la *Vida de Nuestra Señora*, escrita por Antonio de Mendoza:

“En quien la naturaleza
hizo tan dudoso empeño,
que al no ser *de Dios palabra*
no la obedeciera el tiempo.”

Teológicamente, *Palabra* significa el hijo unigénito del Padre Eterno, a quien generalmente se denomina el *Verbo Divino*, y aquí donde más que metáfora hay elipsis, no se nota tanto el influjo de la transformación, como cuando por *palabra* se entiende el empeño que se hace por uno de su fe y probidad en testimonio de la certeza de lo que refiere o asegura, para constituir la expresión más cierta de promesa u oferta.

Así Francisco López de Gomara, en la *Historia de Méjico*, escribe: “Tuvo sobre ello algunas pendencies y estuvo preso; ca no la quería por mujer y ella le demandaba la *palabra*”.

Igual sentido resulta para esta voz cuando en la Escena IX del famoso sainete *Manolo*, D. Ramón de la Cruz hace decir a los personajes:

POTAJERA. Dios guarde a ustedes:
y tú, Manolo, bienvenido seas,
si vuelves a cumplirme *la palabra*.

MANOLO. —¿De qué?

POT. —De esposa.

MAN. —Pues en vano esperas,
que tengo aborrecidas las esposas
después que conocí lo que sujetan.

Por *Palabra Divina* o *de Dios*, se entienden el Evangelio, la Sagrada Escritura y hasta los sermones de los predicadores cristianos, pues el escuchar a éstos es *oir la palabra de Dios*, lo que, según el Catecismo, basta para que sea perdonado el pecado venial.

Por *palabra de Rey* se significa la seguridad y certeza de lo que se expresa o de la oferta que se hace, y si empleando la voz *palabra* con los adjetivos ociosa, buena u otro semejante no hay dificultad para entender lo que se dice, ya la metáfora influye cuando se dice *palabra picante*, *pesada*, *preñada*, y en plural, *palabras al aire*, *palabras de buena crianza*, *palabras fingidas*, *palabras formales*, *palabras gruesas*, *palabras mayores*, y sobre todo en la frase *medias palabras* con que se significa la insinuación embozada o reticencia de cuanto por alguna razón no expresa, no llega a decirse sino incompleta y confusamente.

“Más vale callar, más vale
que estar con *medias palabras*
provocando la paciencia
de dos mujeres honradas.”

(RAMÓN DE LA CRUZ.)

En *coger la palabra*, ya dice el léxico que es valerse, o reconvenir, o hacer prenda de ella, para obligar al cumplimiento de la oferta o promesa, y así escribe Bretón de los Herreros:

“Obro por convencimiento.
Si lo duda usted, ¿hay más
que *cogerme la palabra*
y Cristo a todos dé paz?”

Dejar a uno con la pa'abra en la boca vale lo mismo que volverle la espalda sin escuchar lo que va a exponer, verdadero tropo,

también evidente, al decir: *En una palabra*, para significar la brevedad o concisión con que se manifiesta algo, como se ve en *La Dorotea*, de Lope de Vega, folio 159, donde se emplea la frase escribiendo:

“*En una palabra*, definió Quintiliano la metáfora hermosa y clara.”

Faltar palabras, es frase bastante clara, con que se pondera la grandeza de algo que no se puede explicar o alabar cuanto merece, y así el Padre Bartolomé Alcázar, en su *Cronohistoria de la Compañía de Jesús*, década 3.^a, capítulo 1.^o, párrafo 3.^o, dice: “*Faltan palabras* para referir el caudal de sus virtudes y el raro ejemplo de su vida”.

Por *Helarse las palabras*, se entiende no llegar a pronunciar éstas, según se comprueba viendo cómo lo escribió Quevedo en *Riesgos del matrimonio*:

“Antes con mil esposas me encarcelen
Que que a esa tome, y antes que lo diga
la lengua y las palabras se me hielen.”

Bien común es el dicho *Remojar la palabra*, que vale tanto como beber vino, y así lo expresa el mismo Quevedo en *Las Musas*, Jácara 14:

“El auditorio le sigue
con aprobación risueña,
y a *remojar la palabra*
se entraron en la taberna.”

Pedir la palabra es rutina usada como fórmula para solicitar el que la dice que se le permita hablar, y cuando más de una vez, en alguna Asamblea, el Presidente ha preguntado a quien pidió la palabra: *¿Para qué?*, y aquél ha respondido: *Para hablar*, no ha hecho más que repetir lo que Mesonero Romanos escribiera:

“Pido la palabra, hermano.
—¿Y para qué?—Para hablar.”

Tela cortada habría para seguir analizando el sentido metafórico de frases, locuciones y proverbios, donde la voz *palabra* cambia su primordial sentido; pero como esto a nada conduciría, ni



demonstraría más que el haber tenido yo paciencia para seguir copiando algo de lo recopilado por insignes gramáticos, y principalmente reunido en la primera edición de nuestro Diccionario, hago aquí punto creyendo haber probado lo bastante que la vida de las lenguas, una vez constituidas, se manifiesta más que con la adopción de vocablos nuevos con el cambio de sentido en las palabras antes existentes.

Concluiré diciendo, para acercarme de algún modo al espiritua-
lismo que enaltece el Discurso del Sr. Ugarte: *No son palabras que se lleva el aire* aquellas con que el hombre adora a Dios, cualquiera que sea la lengua en que hable y el sitio donde se halle, pues siempre llegan a conocimiento del Señor, que todo lo escucha, como todo lo observa, según expresa aquel proverbio árabe que dice:

“En la noche más oscura y tenebrosa, si una hormiga negra camina sobre un mármol negro, es tal la vista y el oído de Alá, que ve y oye los pasos del animalillo.”—HE DICHO.

